

TOMO 3

LA HUELLA O EL DATO

*El lector situado
a prueba del flujo*

SEGUNDA EDICIÓN

David Bories

A prueba del flujo — Una ontología procesual del dato, tomo 3
La huella o el dato — El lector situado a prueba del flujo

Concebido y supervisado por David Bories — Albi, Francia.

Dirigido y redactado por inteligencia artificial generativa.

Traducción realizada mediante inteligencia artificial generativa, bajo la supervisión del autor.

Segunda edición.

Octubre de 2026.

Primera edición: mayo de 2026.

Versión 1.0.0-es, formato de bolsillo.

© David Bories, 2026. Difundido bajo licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0). Se autoriza todo uso, incluido el comercial, siempre que se cite al autor y la fuente.

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

El texto íntegro de los tres tomos, tanto en segunda como en primera edición, es de libre acceso en <https://artisanat-de-la-donnee.fr>

Índice

Umbral	3
<i>Por un enfoque procesual de la recepción del dato</i>	3
La huella o el dato	5
<i>El reparto, recogido en el borde del lector</i>	5
Advertencia	5
Preámbulo — Recoger el umbral, y darle la vuelta	6
Parte I — El sobrecaudal tiene dos caras	6
Parte II — La escala del dato	8
Parte III — Dos paradas en la escala: el dato mudo y el dato muerto	9
Parte IV — Lo que este reparto funda	13
Hitos	14
El acto de lectura	15
<i>El tercer gesto, y por qué se detiene antes que los otros dos</i> . . .	15
Preámbulo — Deducir el acto, no inventarlo	15
Parte I — La lectura es más corta que la inscripción	16
Parte II — Lo que separa la lectura de la inscripción: el objeto, no la estructura	17
Parte III — El desciframiento, corazón del acto	18
Parte IV — Dos herencias del lector	19
Parte V — El umbral de salida: lo que sigue a la lectura	20
Hitos	21
El lector situado	23
<i>Lo que limita una ventana, y por qué ninguna lectura es de ninguna parte</i>	23
Preámbulo — El lector no es un punto sin espesor	23
Parte I — Los constituyentes de lo situado	24
Parte II — La ventana examinada por sí misma	25
Parte III — Lo que la situación del lector ilumina	26
Hitos	27
Lectura humana, lectura automática	29

<i>Lo que un autómatas «lee», y por qué la máquina ocupa una posición situada de relevo o tratamiento</i>	29
Preámbulo — Una asimetría que no hay que zanjar demasiado deprisa	29
Parte I — Lo que el autómatas hace, y lo que no hace	30
Parte II — La máquina ocupa una posición situada de relevo o tratamiento	34
Parte III — Lo que esta asimetría ilumina	35
Hitos	36
Las propiedades de la lectura	39
<i>Selectividad, duración, costo — y por qué la lectura no sigue el caudal</i>	39
Preámbulo — También la lectura tiene sus propiedades	39
Parte I — La selectividad	40
Parte II — La temporalidad	40
Parte III — El costo y la fatiga	41
Parte IV — Lo que estas propiedades anuncian	42
Hitos	43
El sobreplús	45
<i>El anegamiento, la biblioteca imposible, y los tres caminos del título</i>	45
Preámbulo — El torrente visto desde el lector	45
Parte I — El anegamiento: el exceso de una cosa buena	46
Parte II — La biblioteca imposible	47
Parte III — Huella o dato: los tres caminos del título	48
Parte IV — Lo que este reparto prepara	49
Hitos	50
Las tres posturas	53
<i>Encuadrar, delegar, aceptar — y el costo de cada una</i>	53
Preámbulo — Tres vías, ninguna salvación	53
Parte I — Encuadrar: desplazar o restringir su ventana	54
Parte II — Delegar: heredar la situación de otro lector	54
Parte III — Aceptar: la lucidez responsable	56
Parte IV — Las tres posturas y la sabiduría colectiva	57
Hitos	58
El lector que se sabe	61
<i>La probidad, la ética mínima, y el final de la trilogía</i>	61
Advertencia	61
Preámbulo — Lo que un lector puede saber de sí mismo	61
Parte I — Por qué una ética, y de qué clase	62
Parte II — La probidad del lector: leer o hacerse ayudar a leer	63
Parte III — El lector que se sabe	66
Hitos	69
Bibliografía razonada del Tomo 3	71
<i>Repertorio de referencias del tomo 3</i>	71

Lo que no cambiará	71
Vecinos de la tesis	73
Remisiones internas al ensayo	74
Conceptos introducidos por el presente tomo	75
Decisiones de traducción	77

Nota sobre la traducción — Esta traducción re-fija el texto fuente sin desplazar su fondo. Algunos términos del corpus no tienen un equivalente evidente en español; las decisiones adoptadas, y la lectura que debe hacerse de ellas, se exponen en la sección «Decisiones de traducción», al final del volumen. Esta traducción no está congelada: evolucionará a medida que lleguen los comentarios de los lectores y se perfeccionen los medios de traducción. La versión francesa hace fe.

Umbral

Por un enfoque procesual de la recepción del dato

Tomo 3 — La huella o el dato

Lo que llega ante una mirada sin entrar en ella no vale más que lo que el flujo habría arrastrado.

El tomo del movimiento terminó con una pregunta, legada sin ser cruzada: ¿en qué se convierte lo que llega sin ser leído? La circulación ha hecho su parte —ha llevado el dato hasta el borde de una mirada, y lleva más de lo que ninguna mirada puede seguir: ese sobrecaudal es la soldadura de los dos tomos, no su frontera—. Pero lo que se decide en ese borde ya no le pertenece. Este tomo tiene por objeto lo que la circulación no puede cumplir en lugar de nadie: la parte del lector —el acto de leer, quien lo cumple, su situación, su límite, su ética—.

De esta continuación, el tomo extrae su tesis rectora, gemela de las que la precedieron: **sin lectura, nada se actualiza**. El título la enuncia como una alternativa —*la huella o el dato*— porque es el reparto que el torrente vuelve a jugar ante cada ventana: según que un lector lea o no lo que le llega, la materia recibida queda actualizada o desatendida, y la huella ya no nombra, al final de esa pendiente, más que un horizonte extremo. Y de esta tesis se sigue lo demás: hay un acto para leer, como hacía falta uno para tomar y uno para transmitir; ese acto lo cumple un lector situado, cuya ventana es finita; lo que ese lector hace con lo que lo desborda no está escrito de antemano —puede encuadrar, delegar, o aceptar con lucidez—; y no todos los datos no leídos son un fracaso, porque algunos solo valían por una frescura que no ha esperado.

Los ocho documentos de este tomo conducen esta idea desde el reparto recogido en el borde del lector hasta la postura final de quien se sabe desbordado y responde de ello. Al término de este recorrido, la trilogía termina: no con una consigna, sino con una lucidez, y la responsabilidad que viene con ella. Porque el torrente, el tomo del movimiento lo estableció, es nuestra resultante y no una inclemencia del tiempo; lo que eso compromete para quien lo recibe —para su probidad, para su parte

en una sabiduría que no puede ser más que colectiva— es lo que este último tomo tiene a su cargo decir.

Este tomo parte, pues, del borde del lector, allí donde el anterior se detuvo. Dice lo que es verdad decir de la lectura del dato por mucho tiempo; deja a otros, y al lector, la tarea de determinar qué hacer con ello para hoy.

La huella o el dato

El reparto, recogido en el borde del lector

Tomo 3 — Documento 1

«Lo que se escribe sin esfuerzo se lee, por lo general, sin placer.»

— atribuido a Samuel Johnson

*«Una marca que no remite a nada para nadie ya no es una marca:
es grano en la piedra.»*

— Fórmula de trabajo

Advertencia

Este documento ocupa, en la trilogía, un lugar simétrico al que ocupaba el último documento del tomo anterior. Allí estaba el umbral: el punto en que la circulación cedía el sitio a la lectura, y que el tomo que trataba del movimiento mantenía con rigor sin cruzarlo. Aquí está la continuación: el punto en que empieza la lectura. El tomo anterior se había detenido tendiendo la mano por encima del umbral; este documento la estrecha. No recomienza, pues, nada. Hereda un resultado adquirido —el sobrecaudal relativo a la ventana— y le da la vuelta: lo que el movimiento describía del lado de la producción, la recepción lo capta de nuevo del lado de quien lo padece. El lector que aborde este tomo sin haber leído el anterior puede hacerlo; le basta con saber que la circulación, llegada a su desboque, deposita ante toda mirada más datos de los que ninguna mirada finita puede seguir. De ahí, y solo de ahí, parte este tomo.

Preámbulo — Recoger el umbral, y darle la vuelta

El tomo anterior terminó con un hecho, que planteó como su última palabra: el **sobrecual relativo a la ventana**. La circulación acelerada fabrica más datos en movimiento de los que ninguna ventana finita puede absorber. No era una apreciación, sino un hecho de circulación, medible en principio: hay, en todo instante, un caudal de datos que excede toda capacidad de recepción. El tomo había establecido la *producción* de ese caudal, y se había detenido ahí, porque lo que sucede con lo que pasa ante una ventana sin entrar en ella ya no es asunto de circulación.

Este documento recoge ese hecho exactamente, y efectúa sobre él una sola operación, que gobierna todo lo que sigue del tomo: un **giro de perspectiva**. El tomo anterior miraba el sobrecual del lado de quien lo produce —la circulación lo fabrica—. El presente tomo lo mira del lado de quien lo recibe —un lector finito lo padece—. Son las dos caras de un solo concepto, y es lo que hace del sobrecual una soldadura entre los dos tomos más que una simple frontera. El tomo anterior estableció la cara de la producción; la planteaba como su último concepto. El presente tomo parte de la cara de la recepción; hace de ella su primer problema.

La primera frase de este tomo podría, pues, enunciarse así. *El tomo anterior mostró que la circulación produce más datos de los que ninguna ventana puede leer. Queda por preguntar en qué se convierte lo que no se lee —y qué puede el lector que se sabe desbordado—*. La primera pregunta versa sobre la materia: ¿huella o dato? La segunda versa sobre el lector: ¿qué hace con lo que lo excede? El presente documento trata la primera; los siguientes desplegarán la segunda.

Parte I — El sobrecual tiene dos caras

Una sola cosa, padecida en lugar de producida

El concepto bisagra, el que pertenece a la vez a los dos tomos, debe formularse con cuidado, porque es él el que constituye la soldadura.

El flujo de lo real, el primer tomo lo planteó, no tiene caudal absoluto: adquiere un caudal *en relación con el fragmento observado*. Del mismo modo, el torrente no excede en términos absolutos: excede *en relación con una ventana*. El lector solo percibe una franja del espectro de los tiempos, delimitada por un umbral de lo instantáneo y un umbral de lo eterno; es un lector situado, y su ventana es finita. El dato que circula fluye en relación con esa ventana finita. Cuando la producción aumenta sin que la ventana se ensanche en proporción, no es la ventana la que crece: es el caudal el que sube. Y este sobrecual, relativo a la ventana, enturbia lo que se podría percibir de lo real a través de ella.

He aquí la cara que el tomo anterior estableció: el sobrecual *producido*

por el desboque de la circulación, hecho objetivo, medible en principio. El tomo anterior distinguía en él dos fuentes, que pueden recordarse sin volver a exponerlas, porque el presente tomo las hereda: la velocidad, que hace subir el caudal, y la coexistencia de los regímenes, que lo ensancha manteniendo uno junto a otro dispositivos que los lectores asimilan a ritmos desiguales. Esta segunda fuente merece retenerse, porque apunta ya hacia la recepción: si los regímenes se superponen, es porque las ventanas de los lectores difieren, y porque ningún salto se asimila en todas partes al mismo ritmo. El caudal que desborda no es, pues, solo rápido; también lo espesa la diversidad de las ventanas a las que debe servir —de lo que el presente tomo hará su objeto—.

El presente tomo añade la otra cara, que es la misma cosa vista desde la otra orilla: el sobrecaudal *padecido* por un lector situado cuya ventana es finita. Ya no es un hecho de circulación, es un hecho de lectura: el dato pasa ante el lector, él lo ve, no lo lee. La primera cara era el último concepto del movimiento; la segunda es el primer problema de la recepción. Entre las dos, ningún corte: un solo concepto, mirado sucesivamente desde la orilla que produce y desde la orilla que recibe.

El borde que el tomo anterior no cruzó

El tomo anterior lo había formulado él mismo, tendiendo la mano: en el borde del lector, lo que la circulación deposita *amenaza* con no ser nunca más que una inscripción que desfila —la imagen de la huella,alzada como amenaza, nunca constatada como hecho—. Se detenía en ese borde; el presente tomo solo trata de él.

Es aquí donde se decide todo el tomo, a condición de plantear exactamente lo que en él se decide. Lo que el torrente deposita ante el lector no es una materia indecisa que esperaría del acto su ser: es dato **constituido** —tomado, inscrito, fechado aguas arriba por los actos que los dos primeros tomos han establecido, y que ninguna ausencia de mirada deshace—. Lo que el acto de lectura decide no es lo que ese dato es; es en lo que *se convierte para alguien*: **actualizado** —un sentido efectivamente producido en una situación— o **desatendido** —constituido siempre, pero sin lector que lo actualice—. He aquí el reparto que vuelve a jugarse en cada ventana, en cada instante, sobre cada fragmento del caudal: no entre ser y no ser, sino entre leer y dejar.

El título del tomo —*la huella o el dato*— enuncia el horizonte de este reparto, no su mecanismo. Lo que amenaza al dato desatendido no es dejar de existir en el instante en que la mirada pasa: es perder, paso a paso, lo que solo la lectura mantiene —la actualidad de un sentido, el valor de un uso— hasta el punto extremo, que habrá que aislar, en el que ya ningún lector, en ninguna parte, podría reanudarlo: ahí, y solo ahí, el dato corre la suerte de la huella. La desatención es la pendiente; la recaída es su horizonte. El tomo tiene por objeto este reparto, y el acto que lo zanja.

Parte II — La escala del dato

No hay segunda acepción

Descartemos primero una complicación que amenazaría la coherencia de la trilogía entera. Podría creerse que el tomo anterior y este manejan dos nociones de la huella: una, una marca que circula sin ser leída; otra, la huella de lo real que el primer tomo definió. **Solo hay una noción de huella en toda la trilogía: la del primer tomo** —la marca que el flujo de lo real deja en la materia, causada, físicamente ligada a lo que la produjo, legible pero no leída (*La huella y el lector*)—. El dato, en cambio, nace de un acto reglado e imputable, que apunta, recorta, inscribe. Entre la huella y el dato, un umbral que nada cruza por sí solo: hace falta un acto. Cuál —es lo que hay que establecer ahora con exactitud, porque de ello depende el tomo entero—.

Dos umbrales, dos actos

El primer tomo mostró la ida: lo real deposita huellas, y un lector situado, levantando una de ellas bajo unos criterios, la constituye en dato. Pero mírese esa ida de cerca: lo que la cumple no es la lectura sola, es un **acto de inscripción** —una toma que apunta, recorta, fija, fecha y consigna su procedencia—. La huella cruza el umbral cuando un acto la constituye; y lo que el acto ha constituido, nada lo desconstituye: una inscripción ya producida no se tacha, la regla bajo la que se produjo el resultado permanece, la procedencia permanece. La lectura, se verá en el documento siguiente, solo versa sobre lo inscrito descifrable —nunca sobre la huella bruta—; y leer, lo que sigue de este documento lo recordará, no reactiva el dato y no produce uno nuevo. Lo que no puede ni constituir ni producir tampoco puede desconstituir: lo que el dato no debe a la lectura, no puede perderlo por su ausencia.

Dos umbrales, pues, y dos actos. El umbral de entrada —de la huella al dato— se cruza por la inscripción: pertenece al primer tomo. El umbral que examina el presente tomo es posterior a él: del dato **constituido** al dato **actualizado** —y ese, y solo ese, se cruza por la lectura—. El estatuto de dato constituido no depende de la relectura; la actualización sí depende de ella —es ella, y solo ella, lo que la lectura añade—. Un dato que nadie lee no vuelve a bajar, pues, hacia el estado del que había salido: sigue siendo lo que el acto hizo de él, y le falta un lector —constituido, no actualizado—. Lo que esa falta le hace perder, y en qué orden, no lo dice una palabra; hace falta una escala.

Los cinco estados

He aquí esa escala; es el instrumento del tomo, y hay que plantearla con el cuidado de un cimiento. La componen cinco estados —acumulativos: cada uno supone los anteriores— y relativos dos veces: a un lector, a un instante.

Constituido. Un resultado ha sido producido y estabilizado según una regla, fechado, provisto de su procedencia: lo que el acto de inscripción hace existir. Su existencia no debe nada a la lectura —es la base, y ya no se mueve: los cuatro estados siguientes se le añaden sin rehacerla nunca—.

Accesible. Constituido, y alcanzable para este lector: un ejemplar disponible, un camino practicable, un acceso abierto. La relatividad empieza aquí: el mismo dato es accesible para uno, fuera del alcance del otro —la parte del lector, vista desde el dato—.

Inteligible. Accesible, y legible para una comunidad: el código, el corpus de referencia, las competencias están vivos en ella. Relativo aún —ininteligible para este lector, el dato es su dato *mudo*; ininteligible para todos, en el ideal límite, el dato *muerto*: la parte siguiente distingue los dos con cuidado—.

Actualizado. Leído: un lector situado ha producido efectivamente un sentido de él en una situación. La actualización es un acto, no una puesta al día; es ella —y solo ella— lo que la lectura añade al dato.

Operante. Actualizado, y pasado al mundo: su lectura ha contribuido a una inferencia, una coordinación o una acción. Lo real modificado devolverá nuevas huellas —es ahí donde el bucle, en la clausura del tomo, se cerrará—.

Un dato puede estar constituido sin ser accesible, accesible sin ser inteligible, inteligible sin ser leído, leído sin alimentar nada. La escala da a la desatención su medida: lo que un dato pierde por falta de lector se lee descendiendo —la operancia, luego la actualidad, luego, si las condiciones de reanudación se desmoronan, la inteligibilidad y el acceso— sin que nunca se borre la constitución. El torrente encuentra en ella su descripción exacta: no deshace los datos que acarrea, priva de alimento a su actualización —depositando ante cada ventana más constituido, y a menudo más accesible, de lo que la lectura puede actualizar—. Y la alternativa del título encuentra su lugar: *la huella o el dato* no nombra dos estados entre los que cada fragmento oscilaría en todo instante, sino los dos extremos de la escala —abajo, el caso límite en el que la inteligibilidad perdida universalmente solo deja subsistir la inscripción, y la huella recobra sus derechos; en todas las demás partes, dato, más o menos arriba según el lector y el instante—.

Parte III — Dos paradas en la escala: el dato mudo y el dato muerto

El dato mudo: un estado relativo y reversible

Viene ahora una distinción fina que hay que mantener, so pena de confundir una parada reversible con una muerte. La escala acaba de

mostrarlo: la mayor parte de lo que nadie lee no está detenido por nada —constituido, accesible, inteligible, el dato solo espera una ventana; está simplemente no actualizado—. Pero la parada de inteligibilidad, por su parte, abarca dos situaciones de naturaleza diferente.

La primera es el **dato mudo**. Sigue teniendo una interpretación —existe un código que lo descifra—, pero ese código es desconocido *para este lector*. No es una muerte: la interpretación existe, en otra parte, en otro lector. El usuario de una aplicación que mira el código fuente de esa aplicación sabe que es un dato, pero no sabe leerlo; es mudo *para él*, vivo para el desarrollador. El estado es relativo y reversible: basta con que se presente un lector competente para que el dato mudo vuelva a ser parlante. El dato *oculto* —el que su propio productor no puede releer, como el anotador involuntario que no accede a lo que ha producido— está en la misma situación: él no lo lee, pero no está muerto por ello, porque un lector, en alguna parte, podría leerlo.

El dato mudo no ha perdido, pues, nada de lo que el acto le dio. Constituido, accesible, se detiene en el peldaño de la inteligibilidad —y solo para este lector—: tiene su código, su interpretación, su comunidad de lectura; el lector que tiene delante no forma parte de ella. Su mudez es un asunto de relación entre un dato y un lector, no una propiedad del dato.

El dato muerto: la segunda muerte, causada por el fluir de lo real

La segunda situación es el **dato muerto**. Es el **caso límite** —el ideal límite del tomo— en el que *ya ningún lector, en ninguna parte*, puede interpretarlo. La interpretación ya no está oculta en otro: está perdida universalmente. Solo queda la inscripción sobre el soporte.

Un dato cuya interpretación se ha perdido universalmente muere de la segunda muerte —la desaparición— no por un fallo del soporte, sino por la pérdida del vínculo interpretativo; su causa es el fluir del tiempo de lo real, que ha arrastrado a la comunidad de lectura. Solo queda la inscripción: el dato ha desaparecido, la huella permanece.

Esta vinculación es fiel a *Los dos tiempos del dato*, que distinguía las dos muertes. La primera muerte es la caducidad: el dato sigue siendo legible e intacto, pero ya no dice lo real presente; afecta a la *validez representativa*, no a la existencia. La segunda muerte es la desaparición: el dato deja pura y simplemente de existir; afecta a la *existencia*, no a la validez. Y ese documento ya situaba del lado de la segunda muerte el caso en que «el formato se vuelve ilegible por falta de una máquina que lo lea». La pérdida universal de interpretación es exactamente de ese tipo. Su *mecanismo* pertenece al tiempo de lo real —la corriente ha arrastrado la clave de lectura, la comunidad que sabía descifrar se ha extinguido—; pero su *resultado* pertenece a la desaparición —ya no queda dato, solo una marca sobre un soporte—. No es, pues, una tercera muerte lo que habría

que inventar: es la segunda muerte, la desaparición, causada por el fluir de lo real.

El dato muerto así definido se une al primer tomo: «no llevar más que su inscripción» es haber vuelto a ser una huella. Es aquí, y solo aquí en toda la trilogía, donde el dato recae: en el último peldaño, cuando la inteligibilidad es universalmente irrecuperable, la escala toca el suelo del que la inscripción había salido. El dato muerto ha salido del campo de la lectura, porque la lectura, se verá, solo versa sobre lo inscrito descifrable; al no ser descifrable para nadie, el dato muerto ya no es más que una marca material —una huella bruta de lo real, que algún día un nuevo acto de inscripción podrá quizá tomar bajo otra descripción («marcas regulares sobre silicio, fechadas en tal época»), pero que, en cuanto dato, ha desaparecido—.

El dato que pasa a caducidad

La caducidad no es la desaparición: acabamos de distinguir las dos muertes. Lo que sigue solo concierne a la primera —y la primera no descende la escala—. Un dato caducado sigue constituido, accesible, inteligible: legible, y por tanto reabrible. Lo que ha perdido es de otro orden —su validez para el uso en curso, el acto al que servía—; el primer tomo da a esta pérdida su medida exacta, que es relación y no ley.

La primera muerte no es un instante sino un **umbral gradual**. Mientras la ventana de lectura de un dato sigue abierta sobre el presente, sirve al acto en curso. Cuando la brecha con el flujo de lo real supera lo que su uso tolera, deja de iluminar el presente —sin dejar de ser legible—. Ese umbral es su **plazo límite de uso**: intrínseco al dato cuando su objeto lo fija, mantenido por defecto según su edad cuando nada lo especifica.

Se pueden distinguir entonces, no tres lugares, sino tres relaciones con el flujo. El dato **fresco** sirve al acto. El dato **consolidado** ya no sirve al acto sino al balance: su parte sumable ha sido retenida —extraída en un *dato consolidado* en el sentido del primer tomo: media, total, exacto y sin saltos— y su detalle sigue siendo relegible durante un tiempo. El dato **caducado** ya no sirve más que a la memoria: su ventana de lectura se ha cerrado sobre el presente, su inscripción subsiste. *Caducado*, y no simplemente *vencido*: vencido dice la brecha con lo real, que crece de manera continua y no se decreta; caducado dice el estado que la obra da a esa brecha cuando excede lo que el uso tolera. Y estas tres relaciones no sustituyen a las tres edades del primer tomo —fresco, en maduración, de archivo—: las edades dicen el envejecimiento padecido; las tres relaciones dicen los estados reglados que una obra da a ese envejecimiento, el uso que reserva al dato a medida que envejece —el acto, el balance, la memoria—. Hacer pasar un dato de una relación a otra no borra ninguna verdad: se lo escribe en su nuevo estado **antes** de retirarlo del antiguo. La caducidad ordena; no destruye —y, sobre todo, no da la segunda muerte: un dato caducado sigue siendo legible, y por

tanto reabrible—.

Ejemplo (forma fechada). Un presupuesto rechazado ve su uso cerrado de entrada: su plazo límite de uso cae a cero, pasa a caducidad de inmediato. Un presupuesto sin respuesta pasa a caducidad al término del plazo que su edad fija por defecto. El artesano, que conoce la frescura de sus datos, regula estos umbrales; no crea la caducidad, fija su medida.

La transfiguración del dato caducado en relato

Queda por decir lo que un lector hace con un dato caducado. No es una huella en espera: constituido, legible, reabrible, sigue siendo un dato —pero un dato al que el acto ya no llama, que el balance ya ha sumado, y que ya nada hace leer—. Ahora bien, lo que ya nadie lee mira hacia el horizonte de la desatención: a medida que se adelgaza la comunidad que todavía sabría descifrarlo, se desliza hacia la segunda muerte.

Y aquí el corpus impone su rigor: **leer no reactiva el dato y no produce uno nuevo**. La lectura descifra, y nada más. En el umbral de salida, que el Documento 2 nombrará, el lector tiene ante sí un abanico; una de sus salidas es **inscribir** lo que ha leído —y es entonces un **acto de inscripción consecutivo, distinto de la lectura**—. El **relato** es esa inscripción: no el dato caducado reanimado, sino un **dato nuevo**, tomado de otro modo, que comenta y relaciona. El lector no resucita nada; relee, y luego inscribe.

Dos naturalezas, pues, que no se confunden. El **consolidado** guarda la prueba: sumable, exacto, lleva la cuenta de lo que fue. El **relato** lleva la relectura: forma con pérdida, asumida, devuelve el sentido. No se le pide al relato que pruebe la actividad pasada —solo que la vuelva relegible—. Y al inscribirlo mientras un lector todavía puede leer el dato caducado, se mantiene abierto el vínculo interpretativo: el relato es lo que, desde el presente, **difiere la segunda muerte**.

Ejemplo (forma fechada). Un motor (un programa) puede desempeñar el papel de lector: se le entrega la memoria consolidada y la constancia caducada de un período, y descifra su contenido; la inscripción consecutiva —el relato relegible— se guarda junto a las demás constancias de la obra. El motor no atestigua nada: relee, y alguien inscribe. La prueba, si hace falta, queda en el consolidado.

El síntoma y el sedimento

La distinción no es una sutileza de clasificación; nombra dos efectos distintos del torrente. El sobrecaudal, la soldadura del puente, es precisamente lo que fabrica masivamente lo **desatendido**: hace pasar ante cada lector más constituido del que su ventana actualiza. La mayor parte de lo que desfila no está detenido por nada —inteligible, bastaría una mirada—; es el dato simplemente no actualizado, por falta de tiempo

o de atención. Una parte es muda para quien la ve pasar, por falta de código —viva en otra parte—. La desatención en masa es el **síntoma** del torrente: el signo de que el caudal excede las ventanas. El dato muerto, en cambio, es su **sedimento**: lo que, por falta duradera de todo lector, acaba tocando el pie de la escala y ya no es más que inscripción. El torrente produce mucha desatención, un poco de mudez duradera, muy poca muerte; y el drama, se verá, no es tanto que produzca lo uno y lo otro como que ya no se sepa distinguir lo que merecía ser leído de lo que podía dejarse.

Parte IV — Lo que este reparto funda

La tesis fundadora del tomo

Se puede ahora enunciar la tesis rectora del tomo, gemela de las que lo precedieron.

Sin lectura, el dato permanece —constituido, pero no actualizado—. La lectura no decide sobre el ser del dato; decide, y solo ella, sobre su actualización. Un dato que nadie lee no es una huella que espera: es un dato hecho, al que le falta un lector —y es todo lo que le falta—. El reparto que el torrente vuelve a jugar en cada ventana no opone el ser a la nada, sino lo actualizado a lo desatendido; y la desatención solo tiene un horizonte extremo, al final de la escala: el caso límite en el que, al no ser ya posible ninguna reanudación en ninguna parte, del dato solo queda la inscripción —la huella—.

Esta tesis preserva intacta la del tomo anterior, y concuerda con la del primero. El primer tomo decía: *no hay dato sin el acto que lo constituye* —y ese acto es la inscripción, no la lectura—. El tomo del movimiento decía: *el dato navega porque está fijado*, y llegaba hasta el punto en que la navegación excede la lectura, sin cruzarlo. El presente tomo dice: *sin lectura, nada se actualiza* —y parte de ese punto preciso—. No hereda un problema resuelto —lo depositado ya estaría leído—, sino un problema planteado: el sobrecaudal, más constituido ante cada ventana del que la lectura actualiza.

Por qué todo depende en adelante de un acto

El tomo anterior podía describir el torrente desde fuera, como un régimen que se observa. El presente tomo ya no puede, porque su objeto —el reparto entre lo actualizado y lo desatendido— no se produce en ninguna otra parte que en un acto cumplido por un lector situado. Mientras uno se queda del lado de la circulación, puede medirlo todo: el caudal, la velocidad, la propagación. En cuanto se pasa del lado de la recepción, ya nada se mide desde fuera: hace falta un lector, su cuerpo, su atención, su

código, su decisión. Este reparto no es un acontecimiento del mundo que se constataría; es el efecto de un acto que se cumple o que se omite.

Por eso el documento siguiente debe detenerse largamente en ese acto. Antes de preguntar lo que el lector hace con lo que lo desborda, hay que saber qué es, exactamente, leer —qué gesto cumple quien actualiza un sentido, y en qué difiere ese gesto del que, en el primer tomo, tomaba un dato de lo real—. El reparto depende de un acto; queda por describir el acto. Es el objeto del documento que sigue.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —la huella causada opuesta al dato constituido por un acto, el umbral que nada cruza por sí solo, las dos muertes del dato (caducidad y desaparición), el lector situado y la ventana como franja del espectro de los tiempos—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el código fuente ilegible para el usuario, el dato oculto a su productor, el presupuesto y el motor-lector pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos de los tomos anteriores —la huella y el umbral (*La huella y el lector*), las dos muertes (*Los dos tiempos del dato*), el sobrecaudal relativo a la ventana y sus dos fuentes (*El torrente que se sabe* y *La autoamplificación*)— se establecen allí; el presente tomo hereda el *hecho* del sobrecaudal, no sus motores, y retiene que la coexistencia de los regímenes se debe a las ventanas desiguales de los lectores. El aporte propio de este documento es la **escala del dato** —constituido, accesible, inteligible, actualizado, operante—, de la que es el foco para toda la trilogía; sus cinco estados concuerdan con el léxico. La tesis del tomo se inscribe en la genealogía de las tres tesis —el primer tomo: no hay dato sin el acto que lo constituye, y ese acto es la inscripción, no la lectura; el segundo: el dato navega porque está fijado; el tercero: sin lectura, nada se actualiza—, establecida en la Parte IV del presente documento. La recaída en huella se reserva en él al caso límite del dato muerto; en todas las demás partes, un dato que nadie lee se dice no actualizado, o mudo para un lector. La huella sigue siendo única en toda la trilogía; el ciclo de retorno del primer tomo solo se relanza en el ideal límite. Este perímetro no se añade al corpus desde fuera: el documento ya llevaba su rigor —leer no reactiva el dato y no produce uno nuevo— y el documento siguiente ya establecía que la lectura solo versa sobre lo inscrito descifrado, nunca sobre la huella bruta; la edición repatría estos resultados adquiridos a su foco y les da su crédito.

El acto de lectura

El tercer gesto, y por qué se detiene antes que los otros dos

Tomo 3 — Documento 2

«Leer es prestar oído a una voz ausente.»

— según una intuición que se atribuye a numerosos lectores

«Leer un termómetro no fabrica un segundo termómetro.»

— Fórmula de trabajo

Preámbulo — Deducir el acto, no inventarlo

La trilogía ha planteado dos gestos fundadores. El primer tomo estableció el **acto de inscripción**: aquel por el que un lector situado toma un valor del flujo de lo real y lo fija en un soporte —el acto que hace pasar lo real al estatuto de dato—. El segundo tomo estableció el **acto de intercambio**: aquel por el que un humano decide hacer pasar un dato de un punto a otro —el acto que pone el dato en circulación—. Los dos eran simétricos entre sí: la inscripción pone en juego un soporte de fijación, el intercambio un soporte de transporte; la inscripción funda el dato, el intercambio extiende su disponibilidad y su posibilidad de uso.

Queda un tercer gesto, que los dos tomos nombraron sin tratarlo, reservándolo a este —*El acto de intercambio* lo había dejado aparte en estos mismos términos—: el **acto de lectura**, por el que un destinatario hace, del dato llegado, un sentido actualizado. Es él el que efectúa el reparto planteado en el documento anterior: actualizado si el acto tiene lugar, desatendido si no tiene lugar —el ser del dato, constituido por la inscripción, no depende de ello—. Todo el tomo depende de él; hay que describirlo, pues, con exactitud.

Y el método para describirlo es él mismo un resultado adquirido. No se deducirá el acto de lectura de una intuición sobre lo que «leer quiere decir». Se lo deducirá de la definición del dato que los tomos anteriores han planteado. Esta restricción es fecunda: produce un resultado más ceñido, y más sólido, que lo que una intuición habría inventado. Porque la primera tentación —calcar la lectura sobre la lista completa de las facultades del lector— lleva a un error que la trilogía permite detectar y descartar.

Parte I — La lectura es más corta que la inscripción

Por qué no puede tener la misma estructura

La huella y el lector, en el primer tomo, enumeraba cinco facultades del lector: percibir, distinguir, interpretar, apuntar, inscribir. La tentación era calcar el acto de lectura sobre esa lista completa. Es un error, y *Los dos tiempos del dato* lo revela.

Si el acto de lectura tuviera la misma estructura completa que el acto de inscripción —si llegara hasta apuntar e inscribir—, produciría el mismo resultado: un dato fijado. Leer equivaldría entonces a *duplicar*. Ahora bien, ese documento estableció que duplicar un dato no crea un segundo acto de inscripción: la duplicación versa sobre la fijación, no sobre el acto, que es único y no repetible. Y la experiencia más simple confirma el análisis: leer un termómetro no fabrica un segundo termómetro. Quien lee «38,2 °C» no inscribe nada nuevo en el mundo; actualiza un sentido, y eso es todo. Si leer fuera inscribir, cada lectura depositaría un dato nuevo, y el mundo se hundiría bajo los duplicados de todo lo que se ha leído alguna vez. No es así.

El acto de lectura se detiene, pues, antes. Su estructura es: **percibir** → **distinguir** → **descifrar**. En ese punto, el acto está cumplido: el sentido está actualizado, y nada se ha fijado. Las dos últimas facultades de la lista —*apuntar e inscribir*— no son etapas de la lectura: son las facultades de la *producción*, que pertenecen al acto de inscripción. La lectura está hecha de las facultades de **recepción**; la inscripción les añade las de **producción**. Por eso la inscripción llega hasta fijar un dato nuevo, allí donde la lectura se detiene en la actualización del sentido.

Los tres momentos del acto

Examinemos brevemente los tres momentos, para no confundirlos.

Percibir: captar el dato por un sentido. El ojo encuentra la inscripción en la pantalla, el oído la palabra, el dedo el relieve del braille. Es el momento en que la materia inscrita entra en la ventana del lector. Sin percepción, nada empieza; lo que no cae en la ventana ni siquiera se ofrece a la lectura.

Distinguir: aislar el dato en el flujo confuso de lo percibido. Percibir una página no es todavía distinguir la línea, la palabra, el signo pertinente. Distinguir es recortar en lo percibido la inscripción que tiene sentido, y separarla del trasfondo sobre el que se destaca. Es el momento en que una marca deja de ser una mancha entre otras para convertirse en *esta* marca, que hay que leer.

Descifrar: convertir la inscripción distinguida en su sentido, mediante un código. Es el corazón del acto, y el momento en que termina. Descifrar «38,2 °C» es convertir esos signos en el valor que llevan, mediante el código de las cifras y de la escala termométrica. En ese punto, el sentido está actualizado. El acto está cumplido, y se detiene. Lo que el lector haga después —si hace algo— pertenece a otros actos, que se examinarán más adelante.

Parte II — Lo que separa la lectura de la inscripción: el objeto, no la estructura

Los dos actos no versan sobre lo mismo

Podría creerse que la diferencia entre leer e inscribir se debe a su desarrollo interno —la lectura sería una inscripción truncada, detenida antes del final—. Sería ver mal. La diferencia decisiva no está en la estructura de los actos, sino en **aquello sobre lo que versan**.

El acto de inscripción lee una **huella de lo real** —la marca que el fluir de lo real ha depositado: la erosión, los anillos del árbol, la mariposa entrevista— y produce a partir de ella un **dato primario**. Es el único acto que toca lo real bruto. Leer una huella de lo real es *inscribir*; el primer tomo ya lo nombró y lo trató. El observador que cuenta los anillos e inscribe «ochenta y siete años» cumple un acto de inscripción, no un acto de lectura en el sentido de este tomo: no lee un dato, fabrica uno a partir de una huella.

El acto de lectura, en cambio, nunca toca lo real directamente. Versa **únicamente sobre dato**: una inscripción convencional ya producida por un acto humano anterior. Lee lo que otros han inscrito de lo real, no lo real. Quien lee «ochenta y siete años» en un libro de registro no lee el árbol; lee el dato que otro ha sacado del árbol. La lectura viene siempre después de una inscripción; supone que un acto de producción la ha precedido.

Por qué esta delimitación es necesaria

Esta delimitación no es un refinamiento: es lo que impide al tomo invadir el primero. Si el acto de lectura incluyera la lectura de las huellas brutas, se volvería coextensivo a toda percepción —el hombre lee sin cesar huellas: la luminosidad para orientarse, el rostro de su interlocutor, el cielo para prever el tiempo— y redefiniría la inscripción con otro nombre. El lugar

ya está ocupado. **El acto de lectura del tomo solo lee dato; la huella bruta de lo real sigue siendo asunto de la inscripción.**

Se sigue de ello una consecuencia, ya adquirida en el documento anterior y ahora fundada: el dato muerto —el ideal límite en el que ya no es posible ninguna reanudación en ninguna parte— sale del campo de la lectura. Al no llevar más que su inscripción, ha vuelto a ser, en ese caso límite, una huella bruta de lo real. Su lectura, si tiene lugar algún día, no será una lectura sino un nuevo *acto de inscripción*, que producirá a partir de ella un dato primario de un tipo nuevo. La frontera huella/dato del primer tomo y la frontera inscripción/lectura de los dos últimos tomos se superponen entonces exactamente, sin nada que desborde: lo que ya no es descifrable ya no está por leer, está por inscribir de nuevo.

Parte III — El desciframiento, corazón del acto

Siempre presente, pero a profundidad relativa

Puesto que la lectura solo versa sobre lo inscrito convencional, el **desciframiento** es su corazón —la conversión de una inscripción en su sentido mediante un código—. Este desciframiento está siempre presente: una convención exige un código, y no hay lectura de un dato sin el código que lo descifra. Pero alcanza una **profundidad relativa al corpus del lector**.

No hay que oponer, pues, una lectura que descifra y una lectura que no descifra. Hay que pensar una escala de profundidad. Ante un mismo mapa del tesoro, un lector descifra «esto es un mapa del tesoro»; otro, mejor dotado, descifra «el tesoro está aquí». Ante un mensaje de error que aparece en la pantalla, uno descifra «esto es lo que ha bloqueado mi envío», el otro «un error de recurso no encontrado, de tal tipo, que pide tal corrección». El grado alcanzado es la firma de la situación del lector —es la relación del no conocedor con el conocedor—. Ninguno de los dos «no descifra»: descifran a profundidades diferentes, según lo que su corpus les permite alcanzar.

Cuando el desciframiento tropieza, la intención recoge el testigo

Allí donde el desciframiento tropieza con el límite del corpus, la **intención** recoge el testigo —y es un punto que prepara todo el edificio del referente—. El anotador que inscribe «mariposa que no sé nombrar, vista en el parque, diecisiete horas» ha descifrado hasta «esto merece señalarse para que me digan más»; e inscribe *precisamente para que otro, mejor dotado, prosiga el desciframiento*. La inscripción se convierte entonces en una llamada al desciframiento delegado. Es el fundamento del recurso al referente, que se examinará más adelante, y el vínculo

directo con la transmisión del tomo anterior: se inscribe un desciframiento parcial para que un corpus más rico, en otra parte, más tarde, lo complete. La lectura no se cierra sobre el lector aislado; se abre, por la intención, a la comunidad de quienes pueden leer más lejos.

Descifrar e interpretar: una especie y su género

Hace falta una precisión de vocabulario, porque el primer tomo empleaba otra palabra. Llamaba «interpretar» a la facultad general de comprender que una marca remite a algo distinto de sí misma —verdadera de toda marca, huella bruta como inscripción—. El «descifrar» del presente tomo es su **especie restringida**: interpretar mediante un código convencional. Descifrar es interpretar cuando la marca es una escritura, en el sentido amplio de inscripción convencional.

Los términos no son rivales. El tomo especializa el término del primero para su objeto propio, lo inscrito convencional. Emplea, pues, «descifrar» más que «interpretar», para señalar que solo trata del dato, nunca de la huella bruta. Interpretar es el género; descifrar es la especie que se aplica a las marcas que unos hombres hicieron a propósito para ser leídas.

Parte IV — Dos herencias del lector

Las facultades vienen del flujo; el código viene de la transmisión

El acto de lectura moviliza dos herencias que no hay que confundir, y cuya distinción amarra este tomo a los anteriores.

Las **facultades de lectura** —percibir, distinguir— son una herencia del *flujo de lo real* por la evolución. *La huella y el lector* lo estableció: el lector es una porción del flujo que el flujo, por la evolución, ha vuelto capaz de leer las demás porciones —la imagen que *La ola y el océano* despliega—. El ojo que distingue, el sistema nervioso que aísla una marca sobre un trasfondo, son el producto de un largo trabajo del flujo. Estas facultades, el niño las tiene al nacer, o las desarrolla al crecer —un crecimiento que la experiencia ya moldea, antes de que se le transmita ningún código—.

El **código de desciframiento**, en cambio, es una herencia de la *transmisión* por el aprendizaje. Al nacer, no hay código: primero los cinco sentidos, luego, por mimetismo, los códigos sociales, luego el aprendizaje por los datos recibidos de otros hombres. El corpus del lector está sedimentado por todo lo que ha recibido —y lo que ha recibido le ha llegado por transporte y propagación, objetos del tomo anterior—. Es por ahí por donde el acto de lectura queda amarrado al movimiento: la capacidad de descifrar un dato viene de que otros datos han circulado

hasta el lector y han sido aprendidos. Solo se descifra con un código que se ha recibido.

Leer un dato moviliza, pues, las dos herencias: las facultades, dadas por el flujo; el código, recibido por transmisión. Leer una huella bruta de lo real —es decir, inscribir— solo requiere la primera: el observador que inventa la lectura de los anillos no recibe su código de nadie, lo forja. Es una razón más para mantener distintas lectura e inscripción: no movilizan las mismas herencias.

Definición

Se puede ahora fijar la definición del acto de lectura.

El acto de lectura es el acto por el que un lector situado percibe un dato —una inscripción convencional—, lo distingue, y lo descifra mediante el código que contiene su corpus —desciframiento cuya profundidad es relativa a ese corpus—. El acto está entonces cumplido: el sentido está actualizado. Solo versa sobre dato ya inscrito, nunca sobre la huella bruta de lo real, que pertenece al acto de inscripción. No apunta ni inscribe: lo que sigue al desciframiento —inscribir, calcular, decir, actuar, o nada— pertenece a actos ulteriores distintos.

Parte V — El umbral de salida: lo que sigue a la lectura

La lectura desemboca en un abanico; no contiene lo que la sigue

Cumplida la lectura —hecho el desciframiento—, el lector se halla en un **umbral de salida**. Puede encadenar un acto distinto, o ninguno.

Puede **reinscribir** lo que ha leído —duplicación si su mano no hace más que reproducir de manera idéntica, lo que multiplica los portadores sin acto nuevo; acto de inscripción nuevo, y dato nuevo, si toma de otro modo, anota, comenta—. Puede **calcular** —sacar, como una suma de dos números leídos, un resultado que tiene sin inscribirlo todavía: solo habrá dato si una inscripción lo fija—. Puede **decir** —llevar a la palabra lo que ha leído, lo que pone en juego a su vez un soporte, el de la voz—. Puede **actuar** —bajar el radiador tras haber leído veintiocho grados—. O puede **no hacer nada** —haber leído, y quedarse ahí—.

Este umbral cierra una falsa pregunta que habría podido estorbar al tomo: leer, ¿es reactivar un dato, o producir uno nuevo? Ni lo uno ni lo otro pertenece a la lectura. La lectura descifra, y nada más. Si nace un dato nuevo, es por un acto de inscripción *consecutivo*, distinto de la lectura, que pertenece al primer tomo. La lectura desemboca en un abanico de

actos posibles; no contiene ninguno de ellos. Se detiene en el sentido actualizado, y deja al lector libre de lo que hará con él.

Por qué importa esta contención

Mantener la lectura en su estructura corta —percibir, distinguir, descifrar, y nada más— no es un ahorro gratuito. Es lo que permite no confundir los tres gestos de la trilogía, y por tanto pensar con claridad lo que, en la vida del dato, pertenece a la fabricación, a la circulación o a la recepción. Cuando se diga, más adelante, que un sistema automático «lee» sin que ningún humano lea, será esta definición estricta la que permitirá zanjar lo que vale semejante lectura. Y cuando se pregunte lo que el lector puede hacer frente al torrente, será también ella la que recordará que leer es un acto —que se cumple o que se omite—, no un estado pasivo que se padecería.

Queda por examinar a quien cumple ese acto. La definición dice *qué* hace el lector; no dice todavía *quién* es ese lector, ni lo que su situación hace a su lectura. Porque el desciframiento, se ha visto, tiene una profundidad relativa al corpus; y el corpus es un asunto de situación. Es al lector situado al que hay que mirar ahora.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —la intuición sobre la voz ausente que se atribuye a numerosos lectores—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el termómetro, el mapa del tesoro, el mensaje de error, la mariposa señalada pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: las cinco facultades del lector y la facultad de interpretar, a *La huella y el lector*; la paradoja de la duplicación, la unicidad del acto y los cuatro verbos, a *Los dos tiempos del dato*; la transmisión como fuente del corpus, a *El acto de intercambio* y a *Transporte y propagación*; el reparto de lo actualizado y lo desatendido, y la escala que lo mide, a *La huella o el dato*.

Este documento lleva, para la trilogía, el **acto de lectura** —el tercer gesto fundador: acto de un lector situado como los otros dos, pero de estructura más corta (percibir, distinguir, descifrar) y de objeto propio (el dato, nunca la huella bruta de lo real, que sigue siendo asunto de la inscripción)—. Establece en él la profundidad relativa del desciframiento, la llamada al desciframiento delegado cuando el corpus tropieza, la distinción del género interpretar y de la especie descifrar, las dos herencias del lector —las facultades por el flujo, el código por la transmisión— y el umbral de salida: la lectura se detiene en el sentido actualizado, lo que la sigue pertenece a actos ulteriores distintos. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.



El lector situado

Lo que limita una ventana, y por qué ninguna lectura es de ninguna parte

Tomo 3 — Documento 3

«Cada ser vivo habita un mundo propio, tallado a la medida de sus sentidos.»

— según Jakob von Uexküll, *Streifzüge durch die Umwelten von Tieren und Menschen* (1934)

Preámbulo — El lector no es un punto sin espesor

El documento anterior definió el acto de lectura y señaló que su corazón, el desciframiento, tiene una profundidad *relativa al corpus del lector*. Esta relatividad no es un defecto; es la condición misma de la lectura. Pero obliga a mirar lo que hasta aquí se había dejado en la sombra: ya no el acto, sino a quien lo cumple. ¿Quién es el lector? ¿Y qué es, en lo que él es, lo que hace que su lectura sea lo que es?

La huella y el lector había establecido el hecho; se lo recoge aquí como cimiento: el lector está *situado* —porción del flujo moldeada por la evolución, solo percibe una franja del espectro luminoso, del espectro sonoro, del espectro de los tiempos, y su lectura de lo real es, por construcción, parcial—, no por falta de cuidado, sino por naturaleza.

Lo que el primer tomo planteaba como cimiento, el presente documento lo examina por sí mismo. Porque ya no basta con decir que el lector está situado: queda por decir *qué* lo sitúa, *qué limita* su ventana, y *por qué* ese límite, lejos de ser una imperfección que corregir, es lo que hace posible la lectura. Una ventana sin borde no sería una ventana; sería la ausencia de muro, y no se mira a través de la ausencia de muro.

Parte I — Los constituyentes de lo situado

El cuerpo

Lo primero que sitúa al lector es su **cuerpo**. Es por él por donde se percibe el dato; es él el que plantea el primero de los tres momentos del acto. El ojo, el oído, el dedo, y sus límites: lo que es demasiado pequeño, demasiado pálido, demasiado breve, demasiado agudo, no cae en la ventana. El cuerpo fija también ritmos —la fatiga, la duración de la atención sostenida, la velocidad a la que el ojo recorre una línea—. Ninguna lectura escapa a estos límites corporales; un dispositivo puede extenderlos —la lupa, el amplificador, la pantalla que amplía—, pero no los suprime: desplaza la ventana, no la abole. Toda extensión tiene, a su vez, su propio límite.

La atención

El cuerpo percibe; la **atención** distingue. Percibir una página no es distinguir la línea que importa; y la atención es ese recurso, limitado, por el que el lector aísla en lo percibido lo que tiene sentido. Ahora bien, la atención tiene una particularidad decisiva para lo que sigue del tomo: es *finita y no extensible a voluntad*. No se puede distinguir todo, en todas partes, a la vez. Cuanto más denso es lo percibido —cuanto más alto es el caudal—, más tiene que elegir la atención, y más queda indistinto lo que no elige, percibido sin ser leído. La atención es el punto preciso en el que el **sobrecaudal relativo a la ventana** (el último resultado adquirido de la circulación, en *El torrente que se sabe*) viene a golpear al lector: no es que no perciba el torrente —lo percibe, lo ve desfilar—, es que su atención solo puede distinguir una parte de él.

La cultura, la lengua, la comunidad de práctica

El desciframiento, tercer momento, moviliza el **código** —y el código es enteramente asunto de situación—. Viene de la **cultura**: las convenciones que una sociedad ha depositado, las maneras de leer que transmite. Viene de la **lengua**: solo se descifra una inscripción en una lengua que se posee, y cada lengua recorta el sentido a su manera. Viene de la **comunidad de práctica**: el médico descifra un trazado que el profano no hace más que percibir; el marino lee el cielo que el habitante de la ciudad mira sin leerlo; el desarrollador descifra el código fuente que sigue mudo para el usuario. El corpus del lector está sedimentado por todo lo que su cultura, su lengua y sus comunidades le han transmitido —y es ese corpus el que fija la profundidad a la que puede descifrar—.

Estos constituyentes no se suman como piezas separadas; componen una sola situación, que es el propio lector. No se lee *a pesar de* la propia situación, como si la lectura ideal fuera la de un sujeto sin cuerpo, sin lengua, sin cultura. Se lee *desde* la propia situación, y no hay otro lugar

desde el que leer. El sueño de un lector universal, que lo leería todo desde todas partes, no es un ideal al que acercarse: es una contradicción, porque leer es descifrar con un corpus, y un corpus es siempre el de alguien.

Parte II — La ventana examinada por sí misma

¿Qué limita una ventana?

La huella y el lector había planteado la **ventana** —la franja del espectro, luminoso, sonoro, temporal, que un ser percibe entre su umbral de lo instantáneo y su umbral de lo eterno— y la había cerrado con una fórmula: la lectura que un ser puede hacer de lo real es siempre parcial, «limitada por lo que ese ser es». El tomo del movimiento la recogió para formular el sobrecaudal: el torrente excede en relación con la ventana. El presente documento puede ahora preguntar lo que ninguno de los dos había preguntado: ¿qué es, exactamente, lo que limita una ventana?

Tres límites despliegan esta fórmula, y coinciden con los tres constituyentes. Un límite **perceptivo**: lo que el cuerpo no capta no entra —el espectro fuera del alcance de los sentidos—. Un límite **atencional**: lo que la atención no puede distinguir, en el tiempo del que dispone, queda indistinto aunque haya sido percibido. Un límite **interpretativo**: lo que el corpus no sabe descifrar queda mudo aunque haya sido distinguido. Un dato debe cruzar los tres para ser leído: ser percibido, ser distinguido, ser descifrado. La ventana es **de restricciones múltiples**: la cierran tres límites, que no se solapan —se puede tropezar con uno cruzando los otros dos—. Basta con no superar un solo límite para que el dato siga, para este lector, sin leer —percibido pero no distinguido, o distinguido pero no descifrado—.

Este análisis de la ventana ilumina de rebote el vocabulario de *La huella o el dato*. El dato **mudo** es el que ha cruzado los límites perceptivo y atencional —percibido, distinguido— pero tropieza con el límite interpretativo de *este* lector, mientras que otro lo cruzaría. El dato que el sobrecaudal **desatiende** es, la mayoría de las veces, el que tropieza con el límite atencional: percibido, no ha sido distinguido, por falta de atención disponible. El torrente no cierra el límite perceptivo —se ve el caudal— ni el límite interpretativo —se sabría, a menudo, descifrar lo que pasa—. Satura el límite del medio: la atención.

La ventana es una condición, no una prisión

Sería fácil sacar de todo esto una queja: el lector estaría encerrado, condenado a no leer más que un fragmento, excluido del resto. Sería entender mal la ventana. La ventana no es una prisión; es la condición de toda lectura.

Una ventana es lo que hace posible una vista limitándola. Sin borde, no hay ventana —solo la ausencia de muro, que no da a nada porque no encuadra nada—. La ventana muestra porque recorta; la atención distingue porque selecciona; el corpus descifra algo, en lugar de quedarse ante una niebla indiferenciada, porque es tal y no tal otro. La parcialidad de la lectura no es el precio que hay que pagar por una lectura que sería, idealmente, total; es lo que hace que haya lectura en absoluto. Un lector que lo leyera todo no leería nada, porque leer es distinguir esto de aquello, y distinguirlo todo equivale a no distinguir nada.

Por eso los instrumentos que extienden la ventana no son escalones hacia una lectura sin límite —*La huella y el lector* lo estableció: desplazan la condición de lector situado, no la suprimen—. Lo que los tres límites añaden es que cada uno tiene los suyos: la lupa y el sensor del lado del cuerpo, la herramienta que clasifica del lado de la atención, el dispositivo que resume del lado del corpus. Y cada desplazamiento tiene su costo y su nuevo límite: el instrumento que muestra más muestra de otro modo, y lo que hace ver, lo hace ver a su manera, que tiene sus ángulos muertos. Siempre habrá una realidad más allá de lo que el lector, incluso instrumentado, puede leer —y no hay en ello ninguna pérdida, porque es la condición para que lea algo—.

Parte III — Lo que la situación del lector ilumina

La relación no conocedor / conocedor

De la relatividad del corpus nace una relación que atravesará todo lo que queda del tomo: la relación entre quien descifra poco y quien descifra lejos. Cuando el desciframiento de un lector tropieza con el límite de su corpus, puede dirigirse a un corpus más rico: el particular al profesional, el alumno al profesor, el no conocedor al conocedor.

Esta relación pide ser bien comprendida, porque es fácil falsearla. **No** es una jerarquía de valor entre personas. Es una diferencia de profundidad de desciframiento sobre una misma inscripción, relativa al corpus de cada uno. El excursionista descifra «una seta que no sé identificar» y lleva su hallazgo al farmacéutico, que descifra «comestible» o «tóxica». La relación es asimétrica —uno descifra más lejos que el otro en ese punto— pero recíproca en su principio: cada uno es el conocedor de alguien y el no conocedor de otro. El farmacéutico que sabe leer la seta quizá no sabe leer el mapa del excursionista, ni el cielo del marino, ni el trazado del médico. Nadie es conocedor de todo; cada uno lo es de algo, y es lo que hace el recurso posible y honroso, en lugar de humillante.

Esta relación no es el objeto propio de este documento —se recogerá cuando se trate de la probidad del lector y del referente—. Pero hay que plantearla aquí, porque se sigue directamente de la situación: si todo

desciframiento tiene una profundidad relativa al corpus, entonces ningún lector lo descifra todo, y el recurso a un corpus más rico no es un remedio a falta de otro —es la forma normal de una lectura que se sabe situada—.

Leer desde alguna parte, y saberlo

La lección de fondo de este documento es que ninguna lectura es de ninguna parte. Toda lectura la cumple un lector situado, desde un cuerpo, una atención, una cultura, una lengua, una comunidad —desde una ventana limitada—. Eso vale para el profano como para el experto, para el humano como, se verá, para la máquina en la que se delega. No hay lectura desde lo alto, que lo vería todo desde arriba sin deber nada a una situación.

Sacar de ello desesperación sería un error; sacar de ello una exigencia es justo. Si toda lectura está situada, entonces la primera probidad del lector es *saber desde dónde lee*: conocer el límite de su ventana, reconocer lo que no distingue, medir lo que su corpus no descifra —y, allí donde tropieza, no hacer pasar por leído lo que solo se ha visto—. Es esta exigencia la que los documentos siguientes desplegarán. Pero antes de examinar lo que un lector situado debe a su lectura, hay que mirar a un lector de un género particular, cuya situación es fácil de desconocer porque se la cree ausente: la máquina que lee. Porque si ninguna lectura es de ninguna parte, la lectura automática misma está situada —y es lo que el documento siguiente tiene a su cargo establecer—.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el *Umwelt* de Jakob von Uexküll como mundo propio de un organismo, referencia que el primer tomo ya movilizaba—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el trazado médico, el cielo del marino, el código fuente, la seta llevada al farmacéutico pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: el lector situado, la ventana entre su umbral de lo instantáneo y su umbral de lo eterno, la parcialidad de toda lectura —«limitada por lo que ese ser es»— y la extensión instrumental que desplaza la condición sin suprimirla, a *La huella y el lector*; la imagen de la porción del flujo, a *La ola y el océano*; el sobrecaudal relativo a la ventana, a *El torrente que se sabe*; el reparto de lo actualizado y lo desatendido, y el dato mudo, a *La huella o el dato*.

Este documento lleva, para la trilogía, la **ventana de restricciones múltiples** —la ampliación, atribuida, del foco del primer tomo—: los tres constituyentes de lo situado (el cuerpo, la atención, la cultura con la lengua y la comunidad de práctica) y los tres límites que coinciden con esos constituyentes (perceptivo, atencional, interpretativo), límites que no

se solapan: se puede tropezar con uno cruzando los otros dos. Establece en él que el torrente satura el límite atencional; que la ventana es una condición, no una prisión —la parcialidad de la lectura es constitutiva, un lector que lo leyera todo no leería nada—; que los instrumentos de extensión se distribuyen por límite, cada uno con su costo y sus ángulos muertos; que el sueño del lector universal es una contradicción; y que ninguna lectura es de ninguna parte —de ahí la primera probidad del lector: saber desde dónde lee—. La relación del no conocedor con el conocedor, planteada aquí como forma normal de una lectura que se sabe situada, se recogerá cuando el tomo trate de la probidad del lector. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

Lectura humana, lectura automática

Lo que un autómatas «lee», y por qué la máquina ocupa una posición situada de relevo o tratamiento

Tomo 3 — Documento 4

«La verdadera cuestión no es si las máquinas piensan, sino si los hombres lo hacen.»

— según una agudeza que se atribuye a B. F. Skinner

Preámbulo — Una asimetría que no hay que zanjar demasiado deprisa

El documento anterior terminó con una afirmación fuerte: ninguna lectura es de ninguna parte, y la lectura automática misma está situada. Establezcámoslo ahora, porque la tentación inversa es poderosa. Uno se representa de buen grado la máquina como un lector sin situación —una mirada sin cuerpo, sin fatiga, sin cultura, que lo leería todo, en todas partes, sin el límite de ninguna ventana—. Esta representación lleva una promesa que hay que nombrar para sopesarla: si fuera justa, la máquina disolvería la amenaza misma que este tomo ha recibido del anterior. El horizonte de la desatención supone ventanas finitas; un lector sin ventana leería el torrente entero, y ya nada quedaría desatendido. Y el tomo vacilaría dos veces: habría una lectura que escaparía a la condición de lector situado, y la parcialidad que el documento anterior decía constitutiva dejaría de serlo.

Esta representación es falsa, y la trilogía permite decir con precisión por qué. La máquina que trata datos no es un lector sin situación; ocupa una posición situada de relevo o tratamiento de un género particular, cuya situación solo es más difícil de ver, porque no se muestra con los

rasgos de un cuerpo. La amenaza, por su parte, no queda disuelta sino desplazada —la primera parte mostrará que los circuitos de la máquina pueden ensanchar el horizonte en lugar de cerrarlo—. Establecerlo exige primero distinguir lo que el autómata hace de lo que hace un lector humano, y luego reconocer lo que comparte con él.

Una precisión de método gobierna este documento. La máquina contemporánea —el gran modelo de lenguaje y sus semejantes— es aquí una **ilustración fechada**, no un concepto. El estatuto conceptual de la máquina-que-lee ya lo fijaron los tomos anteriores; este documento no lo refunda, lo aplica. Lo que se dice del autómata vale para todo autómata, de ayer y de mañana; la forma contemporánea no es más que un ejemplo, destinado a ser superado, de lo que el fondo establece.

Parte I — Lo que el autómata hace, y lo que no hace

Un tratamiento sin actualización de sentido

Recordemos la definición del acto de lectura: percibir, distinguir, descifrar, hasta la actualización de un sentido. El último momento es decisivo. Leer es que un sentido se actualice *para alguien* —que una inscripción deje de callar y hable a un lector—.

El autómata, en cambio, *trata*. Recibe inscripciones, les aplica operaciones —comparar, clasificar, transformar, recombinar—, y produce otras inscripciones. Eso se parece a la lectura, y se dice corrientemente que una máquina «lee» un archivo, «reconoce» una imagen, «comprende» una petición. Pero la trilogía obliga a preguntar: ¿se actualiza un sentido, y para quién? Si el autómata no hace más que convertir inscripciones en otras inscripciones sin que se actualice ningún sentido para nadie, entonces lo que cumple no es un acto de lectura en sentido estricto: es un tratamiento, que recibe dato y devuelve dato, sin el momento que hace la lectura.

Prudencia, aquí —y es una prudencia de fondo, no una precaución—: el tomo no apuesta ni por la imposibilidad ni por el advenimiento de una semántica maquínica. Se limita a lo que puede sostener: o bien un sentido se actualiza para un lector, y hay lectura; o bien unas inscripciones se convierten en otras sin que nada se actualice para nadie, y hay tratamiento. La mayor parte de lo que cumple un autómata pertenece al segundo caso. Eso no lo disminuye —el tratamiento es poderoso, útil, a veces insustituible—, pero lo sitúa.

Y disipemos enseguida un malentendido, porque gobierna todo lo que sigue. Decir que el autómata trata en lugar de leer no quiere decir que no *produzca* nada. Al contrario: produce dato, abundantemente. Inscribir un valor en un soporte, el primer tomo lo estableció, es un acto de inscripción, y la máquina lo cumple —toma, fija, reemite datos reales, tan reales como

los que un humano inscribiría—. Lo que el autómata produce es, pues, dato, no un subproducto degradado. Lo que le falta no es la producción; es el lector. Prolonga la cadena de las inscripciones sin cumplir, por sí solo, el paso que hace de un dato constituido un dato *actualizado* —vivo para alguien—. La pregunta no es «¿fabrica dato la máquina?» —lo fabrica—, sino «¿sube ese dato hasta un lector, o gira entre máquinas sin que ninguna mirada lo actualice?».

El dato producido sin lector: el dato recirculante

De ahí una pregunta que el primer documento del tomo permite ahora plantear con nitidez. Cuando un sistema toma, transforma y reemite datos sin que ningún humano los lea, ¿en qué se convierten? La escala responde sin rodeos: siguen siendo lo que el acto hizo de ellos. Constituidos —la máquina los ha inscrito, por una intención heredada—, a menudo accesibles e inteligibles: nada los detiene salvo la ausencia de una mirada; están no actualizados, y esa es toda su falta. Mudos, a lo sumo, para quien los viera pasar sin saber leerlos; y solo en el ideal límite —si ya nadie puede descifrarlos, ni podrá en ninguna parte— se unirían al dato muerto, en el que solo permanece la huella.

Un sistema que no hace más que hacer circular entre sus propios engranajes datos que nadie lee produce, pues, **dato recirculante**: datos reales, inscritos, que pasan de un estado del sistema a otro sin que un lector actualice nunca su sentido. El nombre no les quita nada de su ser; nombra el hecho de que el movimiento, por falta de recepción, gira en vacío —el caso en que el transporte del tomo anterior lo ha llevado todo, y en que la parte del lector, la que ningún transporte puede cumplir en su lugar, no la cumple nadie—.

Esta observación se articula directamente con la **autoamplificación** que el tomo anterior describió. El bucle que cava el lecho del torrente —más datos, por tanto automatización, por tanto datos de la automatización, por tanto automatización acrecentada— es precisamente un circuito en el que unos datos se constituyen y se tratan sin que, en cada vuelta, un lector actualice su sentido. El dato recirculante es la materia de ese bucle. El torrente crece, se ha dicho, por falta de arbitraje sabio; se puede añadir: crece también porque una parte creciente de lo que acarrea se constituye, se trata y se reemite sin ser leída nunca. El caudal aumenta sin que la lectura lo siga; y lo que no se lee permanece, constituido y real —pero no vale, para nadie, más que lo que el flujo habría arrastrado: es el horizonte de la desatención el que se ensancha a la medida del bucle—.

Delegar la lectura, y alejarse del dato

Queda ahora por nombrar un movimiento que este circuito hace posible, y el riesgo que lleva consigo —sin hacer de él un escenario, porque el prefacio de la edición mantiene a distancia la prospectiva, pero sin callarlo, porque es de fondo—.

El hombre delega en la máquina, y es legítimo: le confía la producción de los datos, su circulación, y cada vez más su lectura —ese desciframiento automatizado del que se establecerá más adelante que hereda, también él, una situación—. Pero esta delegación, cuando es extremada, tiene una pendiente propia: a medida que confía todos los momentos a la máquina, el hombre *se aleja del dato*. Ya no lo toma, ya no lo transporta, ya no lo lee —recibe un resultado ya descifrado, del que no ve ni el dato de origen ni el camino—. Y lo que ya no se ejerce se atrofia: la capacidad de leer esos datos, por falta de mantenimiento, puede declinar.

El riesgo, entonces, no es que la máquina «se rebele» —es una imagen, y el tomo no hace nada con ella—. Es más sobrio, y ya esbozado en el primer tomo: que una sociedad pierda la capacidad de leer lo que la gobierna. Dos pendientes lo concretan, y basta con nombrarlas. La primera es una **concentración**: si solo unos pocos, frente a todos, siguen siendo capaces de leer los datos que los sistemas manipulan, esos pocos se vuelven dueños de los sistemas, y el movimiento «privilegio → común» que el primer tomo saludaba se invierte —la capacidad de leer, vuelta escasa, vuelve a ser un privilegio—. La segunda es la **inversión del referente**: si el hombre ya no puede leer esos datos *sin* la máquina, entonces sus propios datos se le vuelven mudos —constituidos, intactos, accesibles, e ilegibles para él fuera de la máquina—, y su único recurso para descifrarlos es la máquina misma. El referente, que se definirá en el último documento como el conocedor al que el no conocedor se dirige, se convierte en la máquina —y ya no se puede verificar, fuera de ella, lo que nos dice que dicen—. Es consentir como quien dice sí sin saber a qué.

El discernimiento de lo que se delega

De ahí una exigencia, que no es una regla sino un discernimiento, y que el tomo plantea como tal. No toda delegación de lectura vale lo mismo, y la línea no pasa entre las técnicas sino entre lo que está *en juego*. Delegar en la máquina la lectura de datos cuya pérdida de lectura directa no cuesta nada —los diarios de funcionamiento de una aplicación, que ningún humano tiene vocación de leer línea a línea— es razonable: se gana en carga ahorrada y en tiempo, sin perder nada esencial. Pero delegar la lectura de datos que *deciden por una persona* —un sistema que capta datos sobre ella y saca de ellos elecciones que le conciernen, sin que en ningún momento el proceso prevea una etapa en la que ella pudiera leer lo que la determina— hace correr la pendiente descrita: la persona se vuelve incapaz de saber de qué se trata, de despertar al asunto que le concierne. El reparto entre estos dos casos no lo da una regla general; pertenece a la responsabilidad de la forma, y se vuelve a plantear en cada situación. El tomo no zanja *dónde* poner la línea —eso pertenece al presente de cada uno—. Plantea que la línea existe, y que ignorarla equivale a delegar el propio gobierno.

La intención delegada en el instrumento

La intención se delega en el instrumento sin disolverse en él: la demostración está en *La huella y el lector*, «Causado frente a querido», donde quien mide delega ya en el termómetro la tarea de sentir en su lugar. Se sigue de ello que el autómata produce datos constituidos incluso cuando ya nadie relee lo que deposita. El estatuto de lo que deposita no depende de la relectura; su actualización sí depende de ella: sin lectura, siguen no actualizados —recirculan, no recaen—.

La ingestión ciega y la ingestión delegada

La intención delegada en el instrumento abre una pregunta que quien medía con el termómetro apenas se planteaba, pero que el autómata que retiene sin descanso impone: ¿vale lo mismo toda delegación del acto? Lo que el instrumento deposita puede depositarse de dos maneras muy diferentes; y la trilogía, que ha distinguido para la *lectura* lo que se encuadra de lo que se padece, debe hacerlo también para la toma encomendada.

Dejado sin intención, el flujo entraría en la obra por simple absorción: afluirían datos sin que ningún criterio los eligiera, sin que nadie hubiera decidido de antemano lo que merece retenerse, sin constancia de la elección. Sería la negación misma de la toma —*los datos no se recolectan, se toman*— y lo que entra así no es un dato, sino una **huella**: realidad legible que ningún acto ha levantado —el umbral de entrada del primer documento, que ningún acto ha hecho cruzar—. Es la **ingestión ciega**.

La **ingestión delegada** es su exacto contrario, y una verdadera toma —aquella misma de la que se acaba de decir que el autómata es su operario—. La intención y los criterios se plantean de antemano: qué retener, bajo qué condición, con qué cadencia. El instrumento ejecuta el gesto que esa intención designa a partir del estado presente, y **deja constancia de su elección**: lo que la condición le ha permitido retener, lo inscribe como un acto, fechado, legible, que se puede remontar. La toma no ha desaparecido; ha sido encomendada, diferida, y devuelta a la constancia de su propia elección.

La línea, como se ve, no pasa entre el automatismo y la mano. Una retención automática no es ciega si está condicionada y consignada; un gesto hecho a mano sería ciego si no obedeciera a ningún criterio y no dejara ninguna constancia. Lo que constituye la ceguera es la ausencia de condición planteada y la ausencia de constancia de la elección. Delegar el acto en la máquina es de la misma naturaleza que delegarlo en una persona: un mandato acotado, cuya ejecución queda consignada. Uno no se libera de la responsabilidad confiándola: la mantiene legible.

Parte II — La máquina ocupa una posición situada de relevo o tratamiento

Una copia de seguridad que diverge

Allí donde el autómatas más se parece, sin embargo, a un lector —el modelo de lenguaje que restituye, responde, parece descifrar—, la trilogía ya fijó su estatuto, y el presente tomo solo tiene que apoyarse en él. *El flujo y la anotación* lo estableció: un gran modelo de lenguaje es, arquitectónicamente, una **copia de seguridad** —entrenado con un corpus congelado en una fecha dada, diverge del flujo, que continúa—. Conectar un modelo así a fuentes frescas es un intento de nueva toma, que reconoce, por su existencia misma, que el modelo sin ella sería una copia de seguridad vencida.

Este estatuto tiene una consecuencia directa para la lectura. Si el modelo es una copia de seguridad, entonces su corpus —aquello con lo que descifraría— es un corpus *congelado, fechado, parcial*: exactamente lo que el documento anterior llamaba la situación de un lector. El modelo no lee de ninguna parte: lee desde el corpus que se le ha dado, con los ángulos muertos de ese corpus, las lenguas que descifra mejor que otras, las convenciones que ha sedimentado y las que le faltan. Su ventana está limitada como toda ventana —no por un cuerpo, sino por un entrenamiento—. La máquina no escapa a la condición de lo situado: su posición de relevo o tratamiento está limitada; la ilustra con una forma nueva.

No una cima cognitiva, sino un instrumento en una cadena

Cae entonces una imagen engañosa: la del modelo como cima de una pirámide cognitiva, que dominaría desde arriba el dato, la información, el conocimiento y la sabiduría. *Cavar el canal* lo estableció: la máquina es un instrumento en una cadena en la que el humano conserva la responsabilidad de la intención. Un sistema que aprendiera del flujo no podría aprender de lo real directamente —lo real no es observable directamente—, sino de los flujos de observación que unos humanos mantienen activos; y su inteligencia dependería entonces de la calidad de esos canales, y por tanto, en última instancia, de la intención de quienes los cavan.

La máquina no está, pues, por encima de la cadena: está *dentro*, como un eslabón. Ocupa una posición situada de relevo o tratamiento más, y ocuparla no hace de ella un lector efectivo: solo lo es si un sentido se actualiza para ella, cosa que la trilogía no zanja. Esa posición es la de un relevo —un punto de circulación que recibe datos transportados hasta él y los propaga a su vez, como señaló el tomo anterior—. Y puesto que propagar el dato no es propagar el conocimiento, el modelo que propaga no produce, mediante esa propagación, el saber que parece acarrear: la parte del lector —que un sentido se actualice, que un arbitraje retenga, y

que alguien responda de ello— no viaja con el dato. Dónde se aloja cuando la lectura se delega, lo establece la última parte.

Parte III — Lo que esta asimetría ilumina

Delegar una lectura, no abolirla

De todo esto se sigue una consecuencia que prepara un desarrollo ulterior. Confiar una lectura a un autómata no es suprimirla ni trascenderla: es **delegarla** en una máquina que ocupa una posición situada de relevo o tratamiento más, cuya situación se hereda. El desciframiento delegado hereda los límites del delegado —su corpus congelado, sus ángulos muertos, su divergencia respecto del flujo—. Delegar la propia lectura en una máquina no es, pues, salir de la condición de lector situado; es adoptar otra, la del delegado, con sus límites propios.

Este punto se recogerá cuando se examinen las posturas del lector frente al torrente, porque la delegación figura entre ellas. Basta aquí con haber establecido el fondo: no existe lectura sin situación, ni siquiera la lectura automática; y delegarla no hace más que sustituir una situación por otra. El sueño de una lectura delegada que sería *mejor por no tener situación* es el mismo sueño, descartado en el documento anterior, del lector universal —una contradicción, porque leer es descifrar con un corpus, y un corpus, aunque sea el de una máquina, siempre está situado—. Es lo que da su gravedad al riesgo entrevisto en la primera parte: delegar no es liberarse de la situación, es heredar una —y delegarlo *todo*, sin leer nada uno mismo, es ponerse enteramente en manos de una situación que no se controla y que ya no se sabe verificar—.

Lo que no se delega sin resto

La lección de fondo puede enunciarse ahora, y es una tesis de imputabilidad, no una apuesta sobre las máquinas. Una máquina puede percibir en nuestro lugar, distinguir en nuestro lugar, incluso descifrar, a la profundidad que su corpus permite —y la pregunta de si, al hacerlo, algo se actualiza *para ella* sigue siendo lo que este documento se ha negado a zanjar, en un sentido como en el otro—. Lo que el tomo puede sostener está en otra parte: lo que no se delega sin resto es la **imputabilidad del arbitraje** —que el sentido producido valga para un uso, que la selección haya retenido esto en lugar de aquello, y que alguien responda de ello—. La cadena, por automatizada que esté, remite siempre ese responder a un lector situado; y la máquina ocupa en ella, sin que esa ocupación la convierta por sí misma en lector efectivo, la posición que este documento ha establecido: una posición situada de relevo o tratamiento más, cuya situación se hereda —no un lugar en el que la imputabilidad se depositaría—.

Por eso un torrente tratado por máquinas no es, por ello, un torrente del que alguien responda: puede estar íntegramente constituido, transportado, tratado —y que nada se actualice en él para nadie—. Lo que permanece así permanece entero, y desatendido: el horizonte que el bucle ensancha, la primera parte lo dijo. Por eso también delegar la lectura compromete más que la comodidad de quien delega: delegar lo que nunca más se leerá uno mismo es consentir en no poder ya verificar lo que se nos devuelve —y, a la escala de una sociedad, es confiar a otros, o a máquinas, la tarea de leer lo que la gobierna—.

Queda por examinar lo que, en la lectura misma, hace que no pueda seguir el caudal: sus propiedades propias. Porque si la atención es finita, si el desciframiento cuesta, si la lectura tiene una duración, entonces hay, del lado de la recepción, límites tan reales como los del transporte. Estas propiedades de la lectura son el objeto del documento siguiente.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el modelo de lenguaje como copia de seguridad que diverge, la máquina como instrumento en una cadena en la que el humano conserva la intención, la autoamplificación del torrente, el punto de circulación que propaga sin producir el conocimiento, el movimiento «privilegio → común» y el riesgo, para una sociedad, de no poder ya gobernarse—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el gran modelo de lenguaje contemporáneo es una ilustración fechada, no un concepto —el fondo vale para todo autómatas—; los diarios de funcionamiento de una aplicación y las elecciones cableadas sobre datos captados de una persona pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos de los tomos anteriores —la copia de seguridad y las tres edades (*El flujo y la anotación*), la máquina en la cadena, la dependencia de la intención de quienes cavan los canales y el riesgo de pérdida de gobierno (*Cavar el canal y Leer, escribir, comprender*), el movimiento «privilegio → común» (*De la muesca al algoritmo*), la autoamplificación y la propagación que no lleva el conocimiento (*La autoamplificación y Transporte y propagación*)— se establecen allí. El estatuto de la máquina-que-lee no se reconceptualiza aquí; se aplica. El autómatas produce datos constituidos —por una intención heredada—; sin lectura siguen no actualizados: el *dato recirculante* nombra este girar, medido con la escala cuyo foco es el primer documento, y de la que este documento es el retoque. Lo que la delegación no transfiere sin resto es la imputabilidad del arbitraje —no se hace ninguna apuesta sobre una semántica maquinaica, ni a favor ni en contra—; la máquina ocupa una posición situada de relevo o tratamiento y solo es lector efectivo si un sentido se actualiza para ella. Este perímetro, el documento ya lo llevaba disperso —la negativa a zanjear lo que la máquina «comprende», el dato

producido «no un subproducto degradado», el sentido que vale para un humano que responde de él—; la edición repatría estos resultados adquiridos y les da su crédito. El riesgo de la delegación extremada —el alejamiento del hombre respecto del dato, la concentración de la capacidad de leer, la inversión del referente— se nombra sin desarrollarse en escenario, conforme a la contención del prefacio de la edición respecto de la prospectiva.

Las propiedades de la lectura

Selectividad, duración, costo — y por qué la lectura no sigue el caudal

Tomo 3 — Documento 5

«Solo se ve bien con lentitud.»

— variación sobre un tema conocido

Preámbulo — También la lectura tiene sus propiedades

El documento anterior se detuvo en una constatación: si la atención es finita, si el desciframiento cuesta, si la lectura tiene una duración, entonces hay, del lado de la recepción, límites tan reales como los del transporte. El presente documento los examina por sí mismos. El tomo anterior había inventariado las propiedades del transporte —su fidelidad, su temporalidad, su singular capacidad de multiplicar los portadores de lo que transporta: *Las propiedades del movimiento*— como *Cavar el canal* había inventariado las del flujo de observación. Lo mismo ocurre con la lectura: como la inscripción y como el transporte, no es un acto sin espesor; tiene propiedades, y esas propiedades no son neutrales. Deciden lo que un lector puede recibir, y sobre todo lo que no puede.

Estas propiedades importan aquí particularmente, porque son ellas las que explican, del lado de la recepción, por qué la lectura no puede seguir el caudal. *El torrente que se sabe* estableció el sobrecaudal relativo a la ventana: en el régimen del torrente, hay más datos en movimiento de los que ninguna ventana puede recibir. Se comprende ahora *por qué* la ventana no puede seguir: porque la lectura es selectiva, porque dura, porque cuesta, y porque ese costo se acumula hasta la fatiga. Tres propiedades retienen la atención —la selectividad, la temporalidad, el costo—, y convergen en un mismo hecho: la lectura es lenta allí donde el transporte se ha vuelto instantáneo.

Parte I — La selectividad

Leer es elegir no leer

La primera propiedad de la lectura es que es **selectiva**, por construcción y no por defecto. Se vio en *El acto de lectura*: distinguir, el segundo momento del acto, es la operación que aísla una inscripción en el flujo confuso de lo percibido; y es la atención, *El lector situado* lo mostró, la que efectúa esa criba —recurso finito, no extensible a voluntad—. Ahora bien, aislar una cosa es dejar sin aislar las demás. Toda lectura es, pues, en el mismo gesto, una lectura de esto y una no-lectura de aquello. Nunca se lee todo lo que se tiene delante; se lee lo que se distingue, y se deja el resto en estado de percibido indistinto.

Esta selectividad no es una carencia que colmar. Es la contrapartida, del lado de la recepción, de lo que *El flujo y la anotación* estableció sobre la toma: todo flujo de observación deja algo no tomado, no por insuficiencia, sino porque tomar es encuadrar, y encuadrar es dejar fuera. Del mismo modo, leer es encuadrar la propia atención, y encuadrar la propia atención es dejar fuera de la lectura lo que no se distingue. Un lector que no seleccionara nada no leería nada: *El lector situado* lo estableció —sin borde, no hay ventana; sin criba, una niebla en la que ninguna marca se destaca—. La selectividad es la condición de la lectura, como el límite es la condición de la ventana.

La selección es un acto que compromete

Pero si la selección es inevitable, no por ello es inocente. *Lo que* uno elige leer, y *lo que* deja pasar, es un acto que compromete al lector. Se puede seleccionar por pereza, por prejuicio, por interés —no leer más que lo que confirma, descartar lo que molesta, seguir la pendiente de lo que halaga—. Se puede también seleccionar con probidad —buscar lo que importa, aceptar leer lo que contraría, no torcer la criba hacia lo que nos favorece—. La selectividad es inevitable; la *manera* de seleccionar no lo es. Es uno de los lugares en los que viene a alojarse la probidad del lector, que se examinará más adelante: no en el hecho de seleccionar —no se puede dejar de hacerlo—, sino en la honestidad de la criba.

Parte II — La temporalidad

Toda lectura lleva tiempo

La segunda propiedad es que toda lectura **lleva tiempo**. Ese tiempo puede ser breve —una palabra captada de un vistazo— o largo —un texto difícil

que se relea—. Pero nunca es nulo. Percibir, distinguir, descifrar: cada uno de los tres momentos tiene una duración, aunque sea ínfima, y ninguno se cumple instantáneamente. Leer es un acto que se extiende en el tiempo.

Esta propiedad choca exactamente con la propiedad simétrica del transporte. *El dato navega porque está fijado* lo estableció: el transporte, llevado a la casi instantaneidad, suprime el envejecimiento de transporte —su duración pasó por debajo del umbral de la percepción, y el dato llega tan fresco como partió—. La lectura, en cambio, no ha conocido esa supresión. No se lee más deprisa hoy que ayer; la duración del acto de lectura no ha pasado por debajo de ningún umbral. El desciframiento sigue amarrado a la atención, que sigue amarrada al cuerpo, que no ha cambiado de ritmo: lo que la atención no puede distinguir en el tiempo del que dispone queda indistinto —el límite atencional de la ventana, en *El lector situado*—. He aquí la disonancia fundamental del torrente, vista del lado de la recepción: el transporte se ha vuelto instantáneo, la lectura ha seguido siendo lenta. Entre un caudal que ya no conoce demora y una lectura que sigue conociéndola, la brecha solo puede ahondarse.

La lectura no se recupera, como tampoco la frescura

Una consecuencia prolonga un principio de *Los dos tiempos del dato*: la frescura no se recupera nunca —un acto de toma antiguo no puede volverse reciente—. Lo mismo ocurre con la lectura: el tiempo que no se ha pasado leyendo no se recupera leyendo después más deprisa. Se puede sobrevolar, pero sobrevolar no es leer a gran velocidad —es leer menos, distinguir menos, descifrar menos hondo—. La lectura acelerada no es una lectura rápida; es una lectura empobrecida, que sacrifica la profundidad del desciframiento a la velocidad de desfile. El torrente invita sin cesar a ese sacrificio: hace desfilar tanto que uno se siente tentado de creer que lee cuando ya no hace más que percibir. Es uno de los escollos que el concepto puede señalar sin trazar su carta: confundir el sobrevuelo con la lectura.

Parte III — El costo y la fatiga

Leer cuesta, y el costo se acumula

La tercera propiedad es que leer tiene un **costo** —una carga, que el lector gasta y que no se recompone instantáneamente—. Descifrar exige un esfuerzo; distinguir en un flujo denso exige más; sostener la atención en la duración la agota. Este costo es análogo al que el primer tomo atribuía a la toma y el segundo al transporte: un acto que tiene un costo es un acto que no se puede cumplir sin límite.

Ahora bien, el costo de la lectura tiene una particularidad: **se acumula** y lleva a la **fatiga**. No se puede leer indefinidamente; la atención se degrada,

el desciframiento se vuelve más pesado, la selección se relaja. Cuanto más alto es el caudal, mayor es el esfuerzo exigido para distinguir, y antes llega la fatiga. El torrente no fatiga solo porque es abundante; fatiga porque obliga a la atención a un trabajo de criba constante, sin respiro, sobre un flujo que no se interrumpe. La fatiga de lectura no es una debilidad del lector; es la marca de que se ha gastado el costo de un acto real.

No es la escasez lo que agota, es el exceso

Demos aquí la vuelta a una intuición. Podría creerse que la dificultad de leer viene de la escasez —que sería penoso leer porque faltaría de qué—. Es lo contrario. En el torrente, no es la escasez lo que agota, es el exceso. El dato individual es insignificante, ligero, sin peso; es su agregación en movimiento lo que pesa —y la atención, conminada a distinguirlo todo, se satura y se fatiga de una cosa que, sin embargo, es buena en pequeña cantidad—. Es este punto —el exceso de una cosa buena— el que el documento siguiente recogerá por sí mismo, porque es el corazón de lo que el torrente hace al lector.

Parte IV — Lo que estas propiedades anuncian

La lectura es el cuello de botella del torrente

Las tres propiedades convergen en un solo hecho, que gobierna lo que sigue del tomo. La lectura es **selectiva** —solo puede abarcar una parte—; es **lenta** —no ha seguido la aceleración del transporte—; **cuesta** y **fatiga** —no puede extenderse sin límite—. Estas tres propiedades hacen de la lectura el **cuello de botella** del torrente: el punto estrecho por el que todo lo que se produce y se transporta debe pasar para ser actualizado, y por el que solo pasa una fracción de lo que se presenta. El transporte ha abierto de par en par sus compuertas; la lectura sigue siendo una puerta estrecha. Todo lo que está en juego en la recepción cabe en esta desproporción.

Hacia el sobreplús de lectura

Se tiene, pues, en adelante, todo lo necesario para nombrar lo que el torrente hace al lector. El tomo anterior había planteado el sobrecaudal del lado de la circulación. El presente documento ha mostrado, del lado de la recepción, por qué la lectura no puede absorberlo: sus propiedades se lo impiden. Queda por describir el fenómeno mismo —el anegamiento del lector, el sobreplús de lectura que se presenta y que no puede recibir—, y por plantear el reparto entre lo que, en todo lo que queda desatendido, es un fracaso, y lo que no lo es. Es el objeto del documento siguiente, que es también aquel en el que el título del tomo —*la huella o el dato*— entrega lo que tiene de más nuevo.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —la selectividad como contrapartida de lo no tomado, la supresión del envejecimiento de transporte y la lentitud mantenida de la lectura, la frescura que no se recupera, el costo como propiedad de todo acto—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el sobrevuelo confundido con la lectura pertenece al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: las propiedades del flujo de observación, a *Cavar el canal*; lo no tomado y su ponderación, a *El flujo y la anotación*; la frescura que no se recupera, a *Los dos tiempos del dato*; la estructura corta del acto (percibir, distinguir, descifrar) y la profundidad del desciframiento, a *El acto de lectura*; la atención finita y los límites de la ventana, a *El lector situado*; la distinción de los dos envejecimientos, a *El dato navega porque está fijado*; los tres ejes de la duplicación y la instantaneidad, a *Las propiedades del movimiento*; el sobrecaudal relativo a la ventana, a *El torrente que se sabe*. Las propiedades de la lectura se plantean por analogía con las del transporte, como el tomo anterior planteaba las suyas por analogía con las del flujo de observación. Este documento lleva, para la trilogía, las **propiedades de la lectura** —selectiva, lenta, costosa hasta la fatiga— y la imagen del **cuello de botella**: el punto estrecho por el que todo lo que se produce y se transporta debe pasar para ser actualizado, y por el que solo pasa una fracción de lo que se presenta. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

El sobreplús

El anegamiento, la biblioteca imposible, y los tres caminos del título

Tomo 3 — Documento 6

«Un arándano deleita; un cubo de mermelada que hay que terminar empalaga.»

— Fórmula de trabajo

Preámbulo — El torrente visto desde el lector

El torrente describió este régimen desde fuera, como un hecho de la circulación, y había dejado aparte la parte del lector: el sobreplús, en su foco. El documento anterior mostró su consecuencia para el lector: sus propiedades hacen de la lectura un cuello de botella, una puerta estrecha por la que solo pasa una fracción de lo que se presenta. Queda por describir el fenómeno mismo, desde el punto de vista de quien lo padece: el **sobreplús de lectura**. Ya no el sobrecaudal relativo a la ventana, resultado adquirido de la circulación (*El torrente que se sabe*), sino el anegamiento vivido: la experiencia de una mirada finita colocada ante un caudal que la desborda.

Este documento hace dos cosas. Nombra primero lo que es ese anegamiento, y corrige una intuición falsa sobre su causa: no es la escasez lo que hace sufrir, es el exceso de una cosa buena. Muestra después por qué la respuesta antigua a la abundancia —la biblioteca, la clasificación, la ordenación— ya no puede desempeñar su papel: el torrente no se ordena. Y entrega por último lo que el título del tomo tiene de más nuevo: no todos los datos no leídos son un fracaso. Hay tres caminos por los que un dato queda sin leer, y no piden la misma respuesta —uno no pide ninguna—.

Parte I — El anegamiento: el exceso de una cosa buena

El dato insignificante, el agregado que empacha

El anegamiento del lector tiene una causa, que hay que nombrar con exactitud, porque a menudo uno se equivoca sobre ella. Se cree de buen grado que el problema del torrente es un problema de dato malo —lo falso, el ruido, el desecho—. Hay algo de eso, pero no es lo esencial, y no es lo propio del torrente. Lo propio del torrente es más retorcido: es el exceso de una cosa que, en pequeña cantidad, sería buena.

Un dato individual es insignificante —ligero, sin peso, a menudo útil, a veces valioso—. Un arándano deleita. El problema no es el arándano; es el cubo de mermelada que le obligan a uno a terminar. Lo que era un placer en pequeña cantidad se convierte, en masa y en movimiento, en una carga que empacha más de lo que deleita. El dato agregado y precipitado no padece de ser malo; padece de ser demasiado. Al lector no lo empacha lo que es incomible, sino la cantidad de lo que, en dosis medida, lo habría alimentado.

Por eso el anegamiento no es un asunto de calidad sino de proporción. El torrente no establece la bondad de lo que llega; establece una incompatibilidad de cadencia —*El torrente* lo demostró, al distinguir los cinco caudales, del bruto al efectivamente leído—. El lector no está desbordado porque la corriente acarree lo malo; está desbordado porque llega más de lo que ninguna ventana puede distinguir —y aunque lo que llega fuera bueno, la desproporción permanece—. Esta desproporción, *Las propiedades de la lectura* la fundamentó del lado de la recepción: la lectura es lenta, selectiva, costosa; no puede seguir un caudal que se ha vuelto instantáneo. El sobreplús de lectura es el encuentro de esa lentitud y de ese caudal —una puerta estrecha ante una corriente que no se interrumpe—.

No es una fatalidad, es nuestra resultante

Hay que repetir aquí la salvaguarda que el tomo anterior transmitió por encima del umbral, porque lo que sigue depende de ella: el torrente es nuestra resultante, no una inclemencia del tiempo —la velocidad, la hemos puesto nosotros (*El torrente*)—, y el lector desbordado no es la víctima de una lluvia caída del cielo: es una porción de aquello que ha cavado el lecho del torrente (*El torrente que se sabe*). Eso no cambia nada en el hecho del anegamiento —es bien real—, pero lo cambia todo en la manera de estar en él: hay ahí algo de lo que se responde, no algo que se padece sin recurso. Se volverá a ello al tratar de las posturas del lector; basta aquí con haberse negado a naturalizar el anegamiento.

Parte II — La biblioteca imposible

La respuesta antigua: ordenar para poder leer

Ante la abundancia, el humano tuvo durante mucho tiempo una respuesta, y era buena. El escriba ahogado bajo las tablillas inventó una **técnica de gestión**: la biblioteca, la clasificación, la ordenación, el catálogo —dispositivos que permiten recuperar, y por tanto leer—. *De la muesca al algoritmo* lo estableció: las bibliotecas son la primera infraestructura organizada de almacenamiento y de puesta a disposición, y su historia es la del movimiento en el que lo que era privilegio se vuelve, con el tiempo, común. Ordenar no era un fin; era el medio de hacer practicable la parte del lector —de hacer que se pudiera encontrar lo que se busca, y por tanto leerlo—.

La biblioteca mantenía juntos tres papeles distintos, que *Cavar el canal* nombró al describir su fusión contemporánea: la **biblioteca** en sentido propio —el acervo conservado—, el **bibliotecario** —que sabe dónde buscar, que ordena y orienta—, el **narrador** —que restituye, que da forma y sentido a lo que el acervo encierra—. Acervo, orientación, restitución: tres funciones separadas, sostenidas por dispositivos y personas distintos —y lo que sigue volverá a ello—.

Por qué el torrente impide la biblioteca

Pero el dato del torrente, por su velocidad y su cantidad, **impide la biblioteca**. El torrente no se ordena. La clasificación supone que se tiene tiempo para clasificar, que el acervo se deja detener el tiempo suficiente para ordenarlo. El torrente no se detiene: fluye, se multiplica, caduca mientras uno intentaría ordenarlo. Cuando se termina la ordenación de una parte, otra parte, mayor, ya se ha vertido y ha caducado. La biblioteca era una respuesta a un acervo que esperaba; no es una respuesta a un flujo que no espera.

Esta imposibilidad no es técnica —no la suprimirá una ordenación mejor—, es de fondo: se debe a la naturaleza del torrente como flujo, y no como acervo, que *El torrente* estableció. Hay que delimitarla, sin embargo, con cuidado, porque prohíbe menos de lo que se cree. Lo que es imposible es la **clasificación exhaustiva a costo finito** —ordenar todo el torrente, al ritmo del torrente, para un lector finito—. Ventanas, resúmenes, prioridades, archivos parciales siguen siendo posibles —y es precisamente lo que encuadrar y delegar organizan—. «El torrente no se ordena» no dice que no se haga nada; dice que ninguna ordenación agotará lo que fluye, y que lo que se organiza en su lugar ya no es una biblioteca: es una postura ante un flujo. Creer que se ordenará el torrente es volver a caer en la ilusión de que el torrente es una reserva que se acumula, cuando es una multitud de tomas en movimiento. No se pone en un estante lo que fluye. Al lector solo le quedan entonces tres vías, que ya no son técnicas de gestión sino **posturas** —y es el objeto del documento

siguiente—. Antes, hay que plantear un reparto que el anegamiento vuelve necesario, y que el título del tomo lleva en sí.

Parte III — Huella o dato: los tres caminos del título

Un hecho de tres ramas

El título del tomo —*la huella o el dato*— enuncia lo que el torrente deja al lector: según que un lector lea o no, la materia recibida queda actualizada o desatendida, los dos extremos de la escala planteada en *La huella o el dato*. Pero la desatención no tiene una causa única. Tiene **tres caminos distintos**, que no piden la misma respuesta —y es lo que hace que no todos los datos no leídos valgan lo mismo—.

Hay que plantearlos como un hecho de tres ramas, sin intentar trazar entre ellos una frontera fina. En la realidad, se mezclan: uno se desinteresa de lo que no sabe leer, desaprende lo que ha descuidado durante mucho tiempo, descuida lo que de todos modos caducaba. Su demarcación nítida sería una falsa precisión. Pero su distinción de principio es esclarecedora, porque gobierna respuestas diferentes.

Primer camino: la incapacidad — el lector no puede leer

El lector **no puede** leer: es la *incapacidad*. Ni el código, ni el receptor, nadie que lea en su lugar. El dato sigue mudo para él por falta de medio —mudo para este lector, quizá vivo en otra parte—. Este camino pide un **medio**: aprender, o recurrir a otro lector que lea por uno. Es remediable. La incapacidad es causada, en el sentido de *La huella y el lector* —una restricción ciega, que un camino abierto puede suprimir—. Es el terreno propio del trabajo de apertura de caminos que *Transporte y propagación* delimitó —del lado de lo causado, no de lo querido—, y de la delegación de lectura que se examinará más adelante.

Segundo camino: el desinterés — el lector no quiere leer

El lector **no quiere** leer: es el *desinterés*. Podría —tiene el código, el medio, el acceso—, pero no lo hace. El sobrecaudal lo desvía, el dato pasa ante él, lo ve sin leerlo —desatendido, no mudo: inteligible, habría bastado una mirada—. Este camino no pide un medio, sino una **relación**: la atención que se concede o que se niega, el tiempo que se consiente, la criba de la que *El lector situado* recogió la primera probidad —no hacer pasar por leído lo que solo se ha visto—. Es aquí donde se alojarán las posturas del documento siguiente: frente al desinterés que el torrente induce, el lector tiene que elegir lo que lee, y esa elección lo compromete.

Tercer camino: la caducidad rápida — el dato no ha esperado

El dato **no ha esperado** a ser leído: es la *caducidad rápida*. Su frescura era tan breve que, pasado el primer instante, su utilidad es casi nula; está caducado antes incluso de que se plantee la cuestión de leerlo. Este camino no pide **ninguna** respuesta del lector: es un hecho del dato mismo, no una falta de quien no lo ha leído. *Los dos tiempos del dato* lo había preparado al distinguir las velocidades de caducidad; *Navegar en el sitio* lo había prolongado con las fuentes estables y su reverso, los datos cuya frescura es su único valor. Un dato de frescura breve que nadie ha leído no ha fracasado: ha cumplido todo lo que tenía que cumplir, y su desatención es su destino normal —caducado, sigue constituido y reabrible: expirado para un uso, todavía puede servir a otro—.

Lo que el título tiene de más nuevo

Este último camino lleva lo que el título tiene de más nuevo, y hay que enunciarlo con nitidez: **no todos los datos no leídos son un fracaso de lectura**. Algunos *debían* quedar sin leer —su frescura era su único valor, y su desatención es normal, no deplorada—. Uno se agotaría, y se equivocaría, queriendo leer todo lo que se presenta, como si cada dato no leído fuera una pérdida. Muchos no pedían más que pasar.

El drama del torrente no es, pues, que haya datos que queden sin leer —es inevitable, y a veces está bien: los siete desenlaces de la cola, *El torrente* lo estableció, no son ontológicamente equivalentes—. El drama es el que *La huella o el dato* anunciaba: **ya no se sabe distinguir lo que merecía ser leído de lo que podía dejarse**. El anegamiento no enturbia solo la lectura; enturbia la criba previa a la lectura —el discernimiento de lo que merece la atención escasa y de lo que puede pasar sin daño—. Lo que el torrente deja al lector —actualizado o desatendido— depende así de tres cosas que no se confunden: el **poder** leer, el **querer** leer, y el **tiempo** que el dato merecía que se le concediera. La primera pertenece a un medio, la segunda a una relación, la tercera al dato mismo. Confundirlas es o bien reprocharse no haber leído lo que podía pasar, o bien dejar pasar lo que había que leer.

Parte IV — Lo que este reparto prepara

Del hecho a las posturas

Este documento ha establecido un hecho —el anegamiento— y un reparto —los tres caminos—. El hecho dice que el lector está desbordado, y que ese desbordamiento es nuestra resultante, no una fatalidad. El reparto dice que no todo está por salvar en lo que desborda, y que la primera tarea del lector no es leerlo todo, sino discernir lo que vale la pena leer.

De este hecho y de este reparto nace una pregunta práctica, que ocupa lo que queda del tomo: ¿qué puede hacer el lector que se sabe desbordado? No puede leerlo todo —la lectura es un cuello de botella—. No debe leerlo todo —no todos los datos no leídos son un fracaso—. ¿Qué puede, entonces? El documento siguiente despliega las tres posturas que se le ofrecen: encuadrar su ventana, delegar su lectura, o aceptar con lucidez lo que no puede ni encuadrar ni delegar. Tres posturas, ninguna de las cuales es una salvación y cada una de las cuales tiene su costo —pero cuyo conjunto dibuja lo que un lector puede hacer, como respuesta, con lo que lo desborda—.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el torrente como flujo y no como acervo, el movimiento «privilegio → común» y la historia de las bibliotecas, las velocidades de caducidad y las fuentes estables—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el arándano y la mermelada, el escriba ahogado bajo las tablillas, la ordenación imposible pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: la biblioteca, primera infraestructura de almacenamiento y de puesta a disposición, y el movimiento «privilegio → común», a *De la muesca al algoritmo*; la fusión contemporánea de los tres papeles (biblioteca, bibliotecario, narrador), a *Cavar el canal*; las velocidades de caducidad, a *Los dos tiempos del dato*; las fuentes estables y los datos cuya frescura es su único valor, a *Navegar en el sitio*; el régimen del torrente, los cinco caudales, los siete desenlaces de la cola y la resultante «lo real-marcado-por-nosotros», a *El torrente*; el sobrecaudal relativo a la ventana y la porción de aquello que ha cavado el lecho del torrente, a *El torrente que se sabe*; la escala, el dato mudo y el dato caducado, a *La huella o el dato*; el trabajo de apertura de caminos, a *Transporte y propagación*; la primera probidad, a *El lector situado*. Este documento lleva, para la trilogía, el **sobreplús de lectura** —el anegamiento nombrado desde el punto de vista de quien lo padece: el exceso de una cosa buena, no la escasez ni lo malo—; el perímetro de «**el torrente no se ordena**» —ninguna clasificación exhaustiva a costo finito; ventanas, resúmenes, prioridades, archivos parciales siguen siendo posibles, lo que encuadrar y delegar organizan—; y los **tres caminos** de la desatención —la incapacidad, que pide un medio; el desinterés, que pide una relación; la caducidad rápida, que no pide nada— con lo que está en juego en ellos: no todos los datos no leídos son un fracaso de lectura, y el drama del torrente es ya no saber distinguir lo que merecía ser leído de lo que podía dejarse. Los tres caminos son un hecho de tres ramas que se mezclan en la realidad; su demarcación nítida sería una falsa precisión. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

Las tres posturas

Encuadrar, delegar, aceptar — y el costo de cada una

Tomo 3 — Documento 7

«De las cosas existentes, unas dependen de nosotros, otras no dependen de nosotros.»

— Epicteto, *Manual (Enquiridión)*, I

Preámbulo — Tres vías, ninguna salvación

El documento anterior terminó con una pregunta: ¿qué puede hacer el lector que se sabe desbordado? La respuesta antigua a la abundancia —ordenar para poder leer— ya no vale: ninguna clasificación exhaustiva a costo finito, *El sobreplús* la delimitó; pero ventanas, resúmenes, prioridades, archivos parciales siguen siendo posibles, y es lo que encuadrar y delegar organizan. Le quedan, pues, al lector tres vías, que ya no son técnicas de gestión sino **posturas** —maneras de estar frente a lo que lo desborda—: encuadrar su ventana, delegar su lectura, aceptar con lucidez lo que no puede ni encuadrar ni delegar. Este documento las despliega.

Digámoslo de entrada: ninguna de estas tres posturas es una salvación, y cada una tiene su costo. No se excluyen —un mismo lector las combina según los momentos—, pero no valen lo mismo según las situaciones, y distinguirlas permite saber lo que se elige, y lo que se paga. La primera actúa sobre la ventana del lector: encuadrar. La segunda confía la lectura a otro: delegar. La tercera consiente en lo que no se puede ni encuadrar ni delegar: aceptar. Ninguna abole el sobrecaudal; cada una se las arregla con él a su manera.

Parte I — Encuadrar: desplazar o restringir su ventana

Determinar uno mismo los datos útiles

La primera postura consiste en actuar sobre la propia ventana —en **encuadrar**—. Puesto que el lector no puede leerlo todo y no debe leerlo todo, le corresponde determinar los datos útiles, en sentido amplio, y desplazar o restringir su ventana en consecuencia. Encuadrar es elegir dónde poner la atención escasa, y aceptar dejar el resto fuera de campo.

Esta postura responde directamente al sobrecaudal, porque actúa sobre el término de la relación que está al alcance del lector. El sobrecaudal es relativo a la ventana —*El torrente que se sabe* lo estableció: hay demasiado en relación con lo que una ventana puede recibir—. El lector no puede reducir el caudal —no gobierna, por sí solo, el torrente—, pero puede trabajar su ventana: restringirla para profundizar, desplazarla hacia lo que importa. Encuadrar es hacer, del lado de la recepción, lo que *Cavar el canal* llamaba, del lado de la producción, situar el óptimo observacional: ni tomarlo todo, ni privarse de lo esencial, sino encontrar el reglaje que sirve al uso. Es un ejercicio de sabiduría aplicado a la propia lectura.

El costo del encuadre

Pero encuadrar tiene un costo, que hay que nombrar para no hacer de ello una salvación. Encuadrar exige un **esfuerzo** —el de decidir, entre todo lo que se presenta, lo que merece la atención—; y ese esfuerzo está él mismo tomado de la atención escasa. Encuadrar comporta también un **riesgo**: el de lo que queda fuera de campo. Toda ventana encuadrada deja fuera lo que no encuadra, y lo que deja fuera puede ser lo que importaba: es, en el borde de la recepción, la ponderación de lo no tomado que *El flujo y la anotación* estableció, y cuya contrapartida *Las propiedades de la lectura* planteó —la selectividad—. Y la fidelidad a los criterios que uno se ha dado no es la garantía de haber retenido los buenos criterios: *Cavar el canal* lo planteó del flujo de observación, y lo mismo ocurre con el encuadre de una lectura —encuadrar demasiado estrecho es perder la señal; encuadrar demasiado ancho es ahogarse de nuevo—. El reglaje justo no lo da ninguna regla; hay que volver a buscarlo en cada situación, y por eso encuadrar sigue siendo un ejercicio, nunca una solución adquirida.

Parte II — Delegar: heredar la situación de otro lector

Confiar la lectura a un dispositivo que fusiona los tres papeles

La segunda postura consiste en confiar la propia lectura a otro —en **delegar**—: la delegación de lectura que *El sobreplús* anunciaba en el camino de la incapacidad. Su forma contemporánea más visible la confía

a un dispositivo único, que acumula los tres papeles que la biblioteca mantenía separados —el acervo, el bibliotecario que orienta, el narrador que restituye— y cuya fusión describió *Cavar el canal*: se le pregunta, y devuelve un sentido ya descifrado.

El concepto aquí no es el dispositivo, sino el acto, y hay que separarlo de su forma contemporánea para captarlo en su alcance. **Delegar la propia lectura es heredar su situación.** Este acto es antiguo: el notable que se hacía resumir la prensa por un secretario delegaba ya su lectura, y heredaba la criba de su secretario —lo que este juzgaba digno de retenerse, sus ángulos muertos, sus preferencias—. Delegar nunca ha sido leer por poder sin resto; siempre ha sido adoptar, en lugar de la propia, la situación de quien lee por uno. El gran modelo de lenguaje que fusiona los tres papeles es su ilustración *fechada*, no el fondo, y el tomo no tiene que reconceptualizarlo: *Lectura humana*, *lectura automática* fijó su estatuto —una posición situada de relevo o tratamiento más, cuya situación se hereda— y anunció que se lo volvería a encontrar aquí, entre las posturas. Delegar, en él como en cualquiera, no es salir de la situación; es adoptar otra.

Un arbitraje cuyo costo se conoce

Esta delegación no es ni una salvación ni una falta: es un **arbitraje**, cuyo costo se conoce y cuya medida ya está dada —*Lectura humana*, *lectura automática* la recordó: el valor de un modelo congelado conectado a flujos frescos depende de la frescura de los canales aguas arriba y de la intención de quienes los cavan—. Trasladado a todo delegado: delegar es bueno o malo según lo que valga la situación del lector delegado.

Se cambia, pues, el anegamiento por una **dependencia**, y todo consiste en saber lo que vale aquello de lo que uno se vuelve dependiente —ese **referente**, en el sentido que el último documento definirá: el conocedor al que el no conocedor se dirige—. Delegar en un referente cuya situación es rica, los canales frescos, las intenciones plurales, es un buen arbitraje: se hereda una situación mejor que la propia en ese punto. Delegar en un dispositivo cuyo corpus está congelado, es sesgado y tiene ángulos muertos desconocidos es un mal arbitraje: se hereda una situación pobre creyendo aligerarse. El costo de la delegación no es que se deje de leer —es que se hereda una situación que no se ha elegido y cuyos límites a veces se ignoran—. La probidad de la delegación consiste en conocer la situación que se hereda, en la medida de lo posible, en lugar de confundirla con una lectura sin situación. Es el escollo propio de esta postura: confundir la lectura delegada con una lectura desde lo alto —el sueño del lector universal, cuya contradicción mostró *El lector situado*—, cuando es la lectura de otro, con los límites de otro.

Parte III — Aceptar: la lucidez responsable

Consentir en lo que no se puede ni encuadrar ni delegar

La tercera postura consiste en **aceptar** —en consentir con lucidez en el arrastre, para lo que no se puede ni encuadrar del todo ni delegar sin resto—. Porque ni el encuadre ni la delegación agotan el sobrecaudal: siempre queda una parte que desborda, que ninguna ventana encuadra y que ningún referente lee por nosotros. Ante esa parte, hay un tercer modo de estar.

Pero nombrémoslo con cuidado, porque la palabra «aceptar» se presta al contrasentido. Aceptar no es resignarse. Y es aquí donde la salvaguarda transmitida por encima del umbral marca toda la diferencia: el torrente es nuestra resultante, la velocidad, la hemos puesto nosotros (*El torrente*), y el lector desbordado es una porción de aquello que ha cavado su lecho (*El torrente que se sabe*). Aceptar no puede querer decir, pues, resignarse a una fatalidad, *puesto que no hay fatalidad*. Quiere decir reconocer el arrastre *como producto de nuestros actos*, y por tanto como algo de lo que se lleva la responsabilidad.

La tercera postura es así **lúcida y responsable**, ni resistencia vana ni resignación. Resistir en vano sería negar el sobrecaudal, pretender leerlo todo, agotarse taponando un flujo que ninguna ventana contiene. Resignarse sería dejarse arrastrar diciéndose víctima de una inclemencia del tiempo. La postura justa se mantiene entre las dos: reconocer que no se puede recibir todo —es la lucidez—, y reconocer que uno forma parte de lo que produce el caudal —es la responsabilidad—. Se acepta no leerlo todo, no como una derrota, sino como la condición de un lector finito que responde de lo que alimenta.

Por qué esta postura no es una gestión

A diferencia de las dos primeras, la tercera postura no es una técnica. Encuadrar es un hacer; delegar es un hacer; aceptar es un **modo de estar**. Por eso no se reduce a una gestión de la abundancia: es una manera de habitar la propia condición de lector desbordado sin alienarse en ella. Y es por ella por donde el tomo toca lo que lo cierra —la postura final del lector que se sabe—. Porque aceptar con lucidez no es solo arreglárselas con el torrente; es saberse una porción de aquello que lo cava, y responder de ello. Esta responsabilidad desborda al lector aislado: pone en juego lo que el tomo anterior llamó la sabiduría colectiva.

Parte IV — Las tres posturas y la sabiduría colectiva

Del arbitraje individual al arbitraje colectivo

Las tres posturas son respuestas que un lector puede adoptar. Pero el sobrecaudal, por su parte, no es un problema individual: lo produce una circulación colectiva, y no se resuelve, a la escala en que se plantea, con los solos arbitrajes de cada uno. *La autoamplificación* lo estableció —el torrente crece por ausencia de arbitraje sabio— y la trasposición vale para la lectura: el conocimiento dice *cómo* leer más, cribar más, delegar mejor; solo la sabiduría plantea la pregunta que el conocimiento no plantea: *¿hay que hacerlo?* Y esa pregunta, en el nivel del torrente, se plantea a una escala que supera toda situación singular.

El agarre del individuo, *La autoamplificación* lo midió: elemental, real, con un efecto que solo vale agregado —un poder por federación, no por decisión—. Trasladado a la lectura, es el del lector ante su flujo: lo que lee, lo que deja pasar, la atención que concede o niega, los dispositivos de lectura que adopta o declina —un desinterés aislado no agota nada, un desinterés compartido quita a un flujo sus lectores y acaba pesando sobre lo que se produce—. Los dos niveles de decisión que el mismo documento distinguió se encuentran entonces aquí. En el nivel **individual**, el arbitraje es el de las tres posturas: encuadrar, delegar, aceptar —cada uno para su propia ventana—. En el nivel **colectivo** —el nivel reflexivo—, la deliberación versa sobre la composición de esos arbitrajes: qué hacer legible para todos, qué referentes mantener, qué dispositivos de lectura alentar o desalentar, lo que una sociedad tiene por digno de ser leído —la colectividad observa en él lo que producen sus propias maneras de leer y de no leer—. La sabiduría colectiva es la capacidad, en ese nivel, de arbitrar el interés presente frente al interés por venir. No arbitra en el vacío: arbitra la composición de los arbitrajes individuales, que son su materia.

Las tres posturas se juzgan, pues, en parte, a la medida de esta **sabiduría colectiva** —el hilo que *La autoamplificación* planteaba como diagnóstico y legaba al presente tomo como criterio—. Encuadrar, delegar, aceptar son arbitrajes individuales; un lector que encuadra bien, delega con discernimiento y acepta con lucidez no desactiva, por sí solo, el torrente —sabe estar mejor en él, y añade su voz al agregado—. El torrente no se resuelve abajo, con la sola suma de los buenos arbitrajes individuales; se resuelve —si es que se resuelve— arriba, por una sabiduría que arbitra a la escala de una colectividad y en la duración lo que esos arbitrajes, federados, componen.

La abstención no es neutral

De ahí el punto culminante, heredado como criterio: **la abstención no es neutral**. *La autoamplificación* fijó su condición de validez —la abstención solo existe como posición distinta allí donde la elección está *expuesta* y la

capacidad de participar en ella está *adquirida*; en otras partes, no pesar no se distingue de estar fuera del juego— y la razón: no pesar no deja un vacío equilibrado, sino el sitio a una sabiduría orientada, la de los intereses presentes mejor organizados. Aplicado a la lectura, eso desplaza el sentido de las tres posturas: encuadrar bien, delegar bien, aceptar bien no basta si uno se abstiene de pesar, allí donde podría pesar, sobre lo que produce el caudal. La cuarta cosa que hay que hacer, que no es una postura de lectura sino una exigencia cívica, es no dejar el arbitraje a los solos intereses que nunca se abstienen. El tomo no zanja *cómo* —eso pertenece al presente de cada uno, y el ensayo no lo dicta—. Plantea solamente que la abstención, allí donde es posible, tiene un precio, y que ese precio lo pagan todos.

Queda por llevar esta responsabilidad hasta su término —la postura final del lector que se sabe, en la que la probidad del lector y la ética de la lectura encuentran su formulación—. Es el objeto del último documento, que cierra el tomo y, con él, la trilogía.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el epígrafe de Epicteto y el reparto de lo que depende de nosotros, el óptimo observacional trasladado a la lectura, la delegación antigua y sus formas—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el secretario que resume la prensa y el gran modelo de lenguaje contemporáneo pertenecen al estatuto de las ilustraciones fechadas —el fondo de la delegación es atemporal—. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: el óptimo observacional y la fidelidad relativa a los criterios, a *Cavar el canal*; la ponderación de lo no tomado, a *El flujo y la anotación*; la selectividad de la lectura, a *Las propiedades de la lectura*; el perímetro de la clasificación imposible —ninguna clasificación exhaustiva a costo finito— y la delegación de lectura anunciada en el camino de la incapacidad, a *El sobreplús*; la fusión de los tres papeles (biblioteca, bibliotecario, narrador), a *Cavar el canal*; el estatuto de la máquina que lee (copia de seguridad que diverge, instrumento en una cadena, una posición situada de relevo o tratamiento más, cuya situación se hereda) y la medida de la delegación por la frescura de los canales y la intención de quienes los cavan, a *Lectura humana, lectura automática*, que lleva los créditos del primer tomo; el sueño del lector universal, a *El lector situado*; la resultante y «la velocidad, la hemos puesto nosotros», a *El torrente*; el sobrecaudal relativo a la ventana y la porción de aquello que ha cavado el lecho del torrente, a *El torrente que se sabe*; la autoamplificación, la sabiduría colectiva, el agarre agregado, los dos niveles de decisión, la abstención no neutral y su condición de validez (elección expuesta, capacidad adquirida), a *La autoamplificación*. El referente, empleado aquí para medir la delegación, se definirá en el último documento.

Este documento lleva, para la trilogía, las **tres posturas** —encuadrar: desplazar o restringir la propia ventana, al costo del esfuerzo y de lo que queda fuera de campo; delegar: heredar la situación de otro lector, al costo de una dependencia cuya probidad consiste en conocer sus límites; aceptar: el modo de estar lúcido y responsable, ni resistencia vana ni resignación, que la salvaguarda de la resultante preserva del fatalismo— y la **vertiente sistémica de la ética**: el hilo de la sabiduría colectiva recogido del diagnóstico al criterio, los dos niveles trasladados a la lectura (el arbitraje de las posturas abajo, la deliberación sobre lo que una sociedad hace legible y mantiene arriba), y la exigencia cívica de no dejar el arbitraje a los solos intereses que nunca se abstienen. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

El lector que se sabe

La probidad, la ética mínima, y el final de la trilogía

Tomo 3 — Documento 8

«El mundo no desemboca en ningún libro. Pero ha producido un ser que, leyendo las huellas que el mundo deja de sí mismo, escribe libros —y este es uno de ellos—.»

— La huella y el lector, primer tomo

Advertencia

Este documento cierra el tercer tomo, y con él la trilogía entera. Ocupa, en el tomo de la recepción, el lugar que «el torrente que se sabe» ocupaba en el tomo del movimiento: el de la postura final. El eco entre los dos títulos es deliberado. Allí era el torrente el que se sabía —un régimen captado de nuevo desde la situación de quien debe recibir algo de él—. Aquí es el lector el que se sabe —una mirada finita que se reconoce desbordada, y que, sabiéndose tal, sabe estar de otro modo—. El tomo anterior pasaba el testigo diciendo: lo que eso cambia en lo que se podrá exigir del lector, le corresponde al tomo siguiente decirlo. Este documento lo dice, y cierra el arco.

Preámbulo — Lo que un lector puede saber de sí mismo

El documento anterior desplegó las tres posturas —encuadrar, delegar, aceptar— y mostró que ninguna es una salvación, que cada una tiene su costo, y que ninguna basta si uno se abstiene de pesar sobre lo que produce el caudal. Queda por llevar esta responsabilidad a su término. ¿Qué puede

saber un lector de sí mismo, en el torrente? ¿Y qué le corresponde, desde el momento en que lo sabe?

Este documento responde asumiendo lo que los dos primeros tomos se vedaban: una **ética**. No porque la materia haya cambiado de naturaleza —sigue siendo descriptiva en el fondo—, sino porque las tres posturas suponen un criterio para juzgarlas, y un criterio de ese tipo es ético. El tomo asume, pues, una ética de la lectura; pero la limita con cuidado, porque una ética mal limitada caducaría con las costumbres que la hubieran inspirado. Esta ética será mínima, atemporal y sistémica. Plantearla es decir lo que la trilogía tiene, en última instancia, que decir al lector al que se dirige —y es, para ella, la manera de terminar—.

Parte I — Por qué una ética, y de qué clase

De lo descriptivo a lo propositivo

El primer tomo mantenía una disciplina estrictamente descriptiva: decía lo que es verdad del dato, nunca lo que hay que hacer. Lo que pertenecería a lo prescriptivo —la carta de un oficio, la probidad de un artesano— corresponde a otros trabajos, distintos del ensayo, que este reclama sin contenerlos. El segundo tomo mantuvo la misma disciplina, asumiendo solamente una parte de apertura más marcada. La pregunta, para el tercero, era: ¿de qué lado se inclina?

La respuesta es que asume una ética, y hay que decir por qué sin disculparse por ello. Primero porque su carácter propositivo lo exige: en cuanto se describe lo que el lector puede hacer con lo que lo desborda —encuadrar, delegar, aceptar—, se supone un criterio para distinguir el buen arbitraje del malo, y ese criterio no es descriptivo. Después porque las reflexiones acumuladas a lo largo de toda la trilogía —la sabiduría colectiva y la abstención que no es neutral (*La autoamplificación*), la responsabilidad de la resultante (*El torrente*), la primera probidad del lector (*El lector situado*)— son ya enunciados éticos, no descriptivos. El tomo no hace más que reconocer lo que llevaba. Se vuelve propositivo porque la recepción, a diferencia de la fabricación y del movimiento, no puede pensarse sin que se plantee la pregunta de lo que se debe hacer con ella.

Mínima, atemporal, sistémica

Pero la ética que el tomo asume está cuidadosamente limitada, y sus tres límites son lo que la preserva de caducar.

Es **mínima**. Se reduce a un solo deber: *no hacer pasar por leído lo que solo se ha visto* —la primera probidad que *El lector situado* planteó, elevada al rango de deber único—. Todo lo demás se sigue de él, y nada se le

añade. Este deber no exige leerlo todo —*Las propiedades de la lectura y El sobreplús* lo establecieron: la lectura es un cuello de botella, y no todos los datos no leídos son un fracaso—. Exige solamente no confundir el dato visto y el dato leído, no confundir el sobrevuelo con el desciframiento, no dar por adquirido lo que solo se ha entrevisto. Es poco, y es todo.

Es **atemporal**. Este deber valía para el escriba ahogado bajo las tablillas como para el contemporáneo ahogado bajo las notificaciones; no depende de ninguna técnica. La forma de lo que anega cambia —tablillas, registros, pantallas—, pero el deber sigue siendo el mismo: no hacer pasar por leído lo que solo se ha visto. Es lo que lo distingue de un juicio de forma, fechado: no juzga ninguna técnica, enuncia lo que implica el acto de leer, bajo todas sus formas y en todo tiempo.

Es **sistémica** —prolongando la vertiente que *Las tres posturas* estableció a lo largo del hilo de la sabiduría colectiva, y es el punto que la parte siguiente tiene a su cargo establecer—. No descansa en el solo individuo conminado a saber leerlo todo. Porque exigir a cada uno que sepa leerlo todo sería repetir, en el terreno de la lectura, un error que *Leer, escribir, comprender* criticó.

Parte II — La probidad del lector: leer o hacerse ayudar a leer

Por qué no puede ser «saber leerlo todo»

La probidad del lector es la contrapartida de la probidad de la toma que *Cavar el canal* regulaba en el óptimo, y de la probidad de transporte —la condensación declarada— que *Las propiedades del movimiento* nombraba. Pero **no** puede enunciarse «cada uno debe saber leerlo todo». Sería repetir, en el terreno de la lectura, el atolladero que *Leer, escribir, comprender* criticó a propósito de la alfabetización —la *recuperación gerencial*, que reduce lo que está en juego a un problema de formación individual—, doblado del sueño del lector universal, que sabría leerlo todo desde todas partes, cuya contradicción mostró *El lector situado*. Se forma a cada individuo, y eso no basta, porque el torrente excede toda formación individual. Ningún lector, por bien formado que esté, sabrá leer todo lo que el torrente deposita ante él; y el fundamento de ello está adquirido: todo desciframiento tiene una profundidad relativa al corpus del lector —*El acto de lectura* lo estableció—, y ningún corpus es universal —*El lector situado* lo demostró—.

La probidad del lector se enuncia, pues, de otro modo:

El lector debe leer honestamente, o apelar honestamente a un referente capaz de leer por él. La probidad incluye el discernimiento de saber cuándo no se sabe leer, y a quién dirigirse. El deber de leer incluye el deber de recurrir.

Este referente, la trilogía ya lo conoce —*El acto de lectura* planteó su fundamento con la llamada al desciframiento delegado, *Lectura humana*, *lectura automática* lo nombró, *Las tres posturas* lo empleó para medir la delegación— y hay que definirlo ahora de manera amplia: es referente, ante un dato, cualquiera que sepa más que el lector que tropieza sobre el asunto al que remite —el conocedor al que el no conocedor se dirige para que se prosiga el desciframiento—. El referente no es una función rara ni instituida: es una posición relativa, que cada uno ocupa para alguien y sobre algo. La probidad no consiste, pues, en saber leerlo todo; consiste en leer lo que se sabe leer, y en saber a quién dirigirse para el resto —honestamente, es decir, sin hacer pasar el desciframiento de otro por el propio, ni recurrir por pereza allí donde uno podría leer por sí mismo—.

Entre los referentes, hay uno cuyo lugar el tomo debe nombrar —y reconocer que está, por el momento, vacante—. El referente ordinario conoce un *asunto del mundo*: el farmacéutico conoce las setas, el médico el trazado. Pero ¿quién conoce *el dato mismo* —su fabricación, su circulación, su lectura, lo que la trilogía entera ha intentado pensar—? ¿Quién es referente, no sobre tal objeto que el dato describe, sino sobre el dato en cuanto dato: sobre la manera de tomarlo con probidad, de juzgar su frescura, de encuadrar una ventana, de reconocer un dato al que acecha la desatención? Ese referente, la trilogía lo llama el **artesano del dato** —*Transporte y propagación* anunciaba su vía, al final del trabajo de apertura de caminos: no un guardián que desposee, sino un referente que hace más autónomo—. Pero hay que ser exacto sobre su estatuto: este artesano aún no existe como oficio constituido. No es un resultado adquirido de la trilogía; es una *propuesta* de ella. El tomo no lo posee; deduce su necesidad, y llama a crearlo. Lo que serían su carta, su formación, su probidad propia —todo eso queda por producir, en un trabajo distinto del ensayo, que el ensayo vuelve pensable sin cumplirlo—.

La relación no conocedor / conocedor

Esta probidad pone en juego la relación que *El lector situado* planteó y legó a este documento: el no conocedor se dirige al conocedor —una diferencia de profundidad de desciframiento, no una jerarquía de valor, recíproca en su principio—. Lo que el referente añade es esto: su **reconocimiento instituye la relación**, al designar a quién dirigirse —el recurso deja de quedar al azar de los encuentros—. El artesano del dato, cuando exista, será el referente así reconocido para el dominio propio del dato; pero la relación, por su parte, no espera a ese artesano para funcionar —ya actúa, en todas partes donde un conocedor reconocido puede leer lo que otro no sabe leer—. El desciframiento delegado no pide, pues, ningún concepto separado: lo cubre por completo esta probidad —leer, o apelar a un referente—. Y se encuentra aquí, del lado de la lectura, el impedimento involuntario que *Transporte y propagación* repartía del lado del transporte: el referente es quien abre el camino —no forzando los secretos, que pertenecen a una voluntad, sino remediando la incapacidad

de leer, allí donde falta un corpus—.

Lo que está en juego es sistémico

Es por ahí por donde la ética de la lectura es sistémica, y no individual. Una sociedad alfabetizada en datos no es una sociedad en la que cada uno sabe leerlo todo —es imposible, y quererlo sería el atolladero gerencial—. Es una sociedad que *mantiene los referentes* a los que los lectores no especialistas pueden dirigirse. El deber de leer incluye el deber de recurrir, y el recurso supone un tejido de referentes que la colectividad debe mantener.

Es coherente con la vertiente sistémica que *Las tres posturas* estableció a lo largo del hilo de la sabiduría colectiva. La implicación de cada uno no quiere decir que cada uno lo haga todo, sino que cada uno o bien lea, o bien sepa a qué referente dirigirse —y que la sociedad mantenga esos referentes—. Mantener un tejido de referentes no es, pues, un suplemento: es la condición misma de una lectura colectiva proba. Una sociedad que dejara decaer a sus referentes —que los dejara al azar de los encuentros, sin reconocimiento ni mantenimiento— dejaría a sus lectores no especialistas solos ante el torrente, conminados a una competencia universal que ninguno puede tener. La ética de la lectura desplaza así el deber del individuo hacia el sistema, sin descargar de él al individuo: a cada uno, leer o recurrir; a todos, mantener aquello a lo que recurrir.

Y el mantenimiento del tejido de referentes es precisamente uno de los objetos del nivel colectivo y reflexivo que *Las tres posturas* trasladó a la lectura: «qué referentes mantener» figuraba ya entre aquello sobre lo que una sociedad delibera. Mantener los referentes no es, pues, una caridad hacia los no especialistas; es el acto por el que una sociedad conserva la capacidad colectiva de leer, y por tanto de gobernarse, en lugar de abandonarla a quienes sabrían leer por ella. Se encuentra aquí, por el otro extremo, el riesgo que *Lectura humana, lectura automática* nombró: la capacidad de leer, si no se mantiene como un común, se concentra —y una sociedad que ya no lee lo que la determina confía a otros, o a máquinas, la tarea de hacerlo—.

Es también en este nivel donde se plantea la cuestión del artesano del dato que quedó abierta más arriba. Si el referente ordinario —el que conoce un asunto del mundo— ya existe y solo pide ser reconocido y mantenido, el referente del dominio propio del dato, en cambio, queda por instituir. Una sociedad que considere seriamente el sobrecaudal y el riesgo que hace correr a su capacidad de lectura tendría, entre las cosas que mantener, esta otra que *crear*: una artesanía del dato, con su formación y su probidad, a la que el lector ordinario pudiera dirigirse cuando lo que lo desborda no es tal asunto particular, sino el dato mismo. El tomo no describe ese oficio —sería prescribir una forma, y la forma pertenece a otro trabajo—. Plantea solamente que su lugar está vacante, y que dejarlo vacante tiene un costo, pagado en capacidad colectiva de leer.

Parte III — El lector que se sabe

La postura final

Se puede ahora nombrar la postura final, la que cierra el tomo y la trilogía: el lector que se sabe. Saberse, para un lector, es saber tres cosas que los tres tomos han establecido.

Es saber que uno está **situado** —que toda lectura se hace desde una ventana limitada, que solo se descifra a la profundidad del propio corpus, y que la primera probidad es conocer el límite de la propia ventana—. Es saber que uno está **desbordado** —que el torrente deposita más de lo que ninguna ventana puede recibir, que la lectura es un cuello de botella, y que hay, pues, que encuadrar, delegar o aceptar, sin que ninguna de estas posturas sea una salvación—. Y es saber que uno es **responsable** —que el torrente no es una inclemencia del tiempo sino nuestra resultante, que la abstención no es neutral, y que se responde, como porción de aquello que cava el lecho de la corriente, de lo que uno alimenta y de lo que deja pasar—.

El lector que se sabe no es, pues, ni el que pretende leerlo todo —sabe que es imposible—, ni el que se deja arrastrar diciéndose víctima —sabe que la velocidad la hemos puesto nosotros—. Es el que mantiene juntas su finitud y su responsabilidad: lee lo que puede, recurre para lo que no puede, acepta dejar pasar lo que podía dejarse, y no se abstiene de pesar sobre lo que produce el caudal. No es una consigna; es una lucidez, y la responsabilidad que viene con ella.

El bucle se cierra

A este lector le falta todavía un saber, y es el último: lo que su lectura, cuando pasa al mundo, hace al mundo. La escala lo anunciaba en su último grado —el dato operante, del que *La huella o el dato* decía que el bucle, en la clausura del tomo, se cerraría en él—. Aquí queda cerrado. Una lectura alimenta una inferencia, una coordinación o una acción; la acción modifica lo real; lo real modificado deja nuevas huellas, que nuevas tomas constituirán en datos —y el último gesto se une al primero—. *Cavar el canal* planteaba este bucle sin demostrarlo —observar para decidir, decidir para actuar, actuar que modifica lo observado—; *La autoamplificación* demostró su vertiente aguas arriba; su cierre se demuestra aquí: el lector no es el término de la cadena, es uno de sus eslabones —el eslabón en el que la cadena se da la vuelta—.

Aún hay que medir lo que compromete este paso, porque no se pasa de la lectura a la acción de un solo movimiento. Tres relaciones con lo real se suceden en él, y hay que mantener su puente: la **observación**, que constata lo que ha dejado huella; la **inferencia**, que extiende a lo no

observado lo que lo observado permite concluir; la **intervención**, que modifica lo que ya no se observará tal cual. Cada paso añade hipótesis, de las que alguien debe responder. Una predicción no es un dato fresco sobre el futuro: es un derivado, cuya garantía viene de un modelo, no de lo real. Y el tiempo que separa el cálculo de la aplicación puede volver nociva una decisión que era correcta —el bucle no perdona al lector que olvide que gira mientras él concluye—.

Cuando el bucle está cerrado, responder solo de la propia lectura ya no basta para describir lo que está en juego. La responsabilidad recorre la cadena —del dispositivo reglado al acto que constituye, de la transformación a la lectura, de la lectura a la decisión— y no se aloja en ningún eslabón solo: cada eslabón responde de su gesto y transmite al siguiente con qué responder. La procedencia, constitutiva desde *Las propiedades del movimiento*, es la forma documental de ese «transmitir con qué responder». Es la **responsabilidad de la cadena**.

Y la probidad del artesano, que la trilogía llevaba dispersa, se deja entonces descomponer. Se distinguen siete lugares, donde se puede responder —o fallar— por separado: la **constitución** —la probidad de la toma, que *Cavar el canal* regulaba en el óptimo—; la **conservación** —lo que persistir exige, que *Los dos tiempos del dato* estableció—; la **selección** —la honestidad de la criba, que *Las propiedades de la lectura* anunciaba para este documento—; la **transformación** —la condensación declarada de *Las propiedades del movimiento*—; la **presentación** —la regla que transforma el bruto en presentado, decisión política que *El torrente* nombró—; la **inferencia** —el puente que acabamos de plantear—; el **uso** —la imputabilidad del arbitraje, que *Lectura humana, lectura automática* fijó—. Una cadena puede ser proba en la constitución y culpable en la presentación; es la **probidad descompuesta**, y el régimen de prueba —cadena de custodia, corroboración— es su horizonte práctico. La probidad del lector, establecida más arriba, encuentra en ella su lugar exacto: el deber único es su núcleo, en los lugares de la selección y del uso —un lugar entre siete, ni más ni menos, pero aquel en el que este tomo habrá desempeñado su parte—.

Lo que la trilogía llamaba una ontología procesual termina así en ontología de la **responsabilidad de la cadena** —no de la sola materialidad de sus eslabones—. El lector que se sabe es el eslabón en el que esa cadena se sabe.

Lo que la trilogía habrá dicho

La trilogía termina aquí; miremos, para terminar, una última vez lo que habrá dicho. El primer tomo mostró que el dato no es un objeto que se recoge, sino el resultado individuado de una operación de constitución, que la inscripción vuelve persistente sin que constitución e inscripción se confundan; la toma sobre una huella que lo real deja de sí mismo no es más que su vía observacional, una de las tres, con el acto que instituye

y la operación que deriva. En esa vía, el dato nace en el encuentro de una realidad legible y de alguien que toma y que lo real ha producido; la lectura, después, lo actualiza sin refundarlo. El segundo tomo mostró que el dato puede circular según un régimen frecuente y estructurante, sin que esa circulación sea su destino universal, que navega porque está fijado, y que su circulación, al desbocarse, produce un torrente que deposita más de lo que ninguna ventana puede recibir. El tercero ha mostrado que lo que llega así no está todavía leído, que sin lectura nada se actualiza, y que el lector, situado y desbordado, no tiene otra vía que leer con probidad, recurrir con discernimiento, y responder de lo que alimenta.

Tres actos, un solo movimiento. La inscripción hace pasar lo real al estatuto de dato; el intercambio lleva el dato al alcance; la lectura hace de él un sentido vivo —o no lo hace, y el dato queda desatendido, y la huella ya no nombra, al final de esa pendiente, más que un horizonte—. El dato puede circular entre estos tres actos, en régimen frecuente y estructurante, no por destino universal; el lector situado es lo que los cumple los tres, porque quien inscribe lee primero una huella, quien transmite ha leído primero, y quien lee podrá, a su vez, inscribir y transmitir. La trilogía no ha descrito, en el fondo, más que una cosa: la ola que el flujo de lo real ha alzado, y que, sabiéndose hecha del agua del océano, lee el océano, lo transmite, y responde de él.

La última frase de la trilogía

El primer tomo terminaba con una imagen: una ola que quisiera poseer el océano, y que no es, sin embargo, más que agua del océano alzada momentáneamente. El segundo terminaba con un medio vuelta contra sí mismo: el instrumento que el hombre se había dado para retener el mundo amenazaba, a fuerza de abundancia, con dejarlo escapar de nuevo. El tercero termina con el lector que se sabe. Porque lo que decide, en última instancia, que el torrente no lo deje escapar todo no es ni la circulación, que ha hecho su parte, ni la masa, que no sabe nada de sí misma: es que un lector situado, en alguna parte, actualice una parte de lo que pasa —y sepa, de la otra parte, lo que ha dejado pasar, y por qué—. La ola nunca poseerá el océano. Pero puede, mientras se alza, leer un fragmento de él con probidad, transmitirlo a otra ola, y responder de lo que habrá sabido, o descuidado, leer. Es poco, a la escala del océano. Es todo, a la escala de una ola que se sabe.

«El mundo está hecho para desembocar en un libro.» No: el mundo no desemboca en ningún libro, y ningún torrente se convierte en saber por sí solo. Pero ha producido un ser que, leyendo las huellas que el mundo deja de sí mismo, hace de ellas datos actualizados —o desatendidos, por no ser leídos—. Todo, en adelante, depende de que sepa cuáles hace.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —la crítica de la alfabetización individualista, el régimen de prueba (cadena de custodia, corroboración) como horizonte práctico de la probidad, la vuelta a la imagen final del primer tomo—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 3*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el escriba y el contemporáneo pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: la recuperación gerencial y la sabiduría como aplicación con acierto, a *Leer, escribir, comprender*; la probidad de la toma y el óptimo, así como el bucle planteado sin demostración, a *Cavar el canal*; lo que persistir exige, a *Los dos tiempos del dato*; la imagen final de la ola, a *La huella y el lector*, y su despliegue, a *La ola y el océano*; la condensación declarada y la procedencia constitutiva, a *Las propiedades del movimiento*; el impedimento involuntario, la apertura de caminos y el anuncio de una artesanía del dato, a *Transporte y propagación*; la decisión de lo presentado, a *El torrente*; el instrumento vuelto contra sí mismo, a *El torrente que se sabe*; la vertiente aguas arriba del bucle, la sabiduría colectiva y la abstención no neutral, a *La autoamplificación*; la escala y el anuncio del cierre en el grado de lo operante, a *La huella o el dato*; la profundidad relativa del desciframiento y la llamada al desciframiento delegado, a *El acto de lectura*; la primera probidad y la relación del no conocedor con el conocedor, a *El lector situado*; la imputabilidad del arbitraje, la concentración y la inversión del referente, a *Lectura humana, lectura automática*; el cuello de botella y la honestidad de la criba, a *Las propiedades de la lectura*; el drama del torrente, a *El sobreplús*; las tres posturas y la vertiente sistémica, a *Las tres posturas*. El trazado del esquema en bucle y la formalización viven en el volumen de arquitectura.

Este documento lleva, para la trilogía, el **cierre del bucle** —el cierre demostrado en el eslabón del lector, el puente de las tres relaciones con lo real (observación, inferencia, intervención: una predicción no es un dato fresco sobre el futuro)—, la **responsabilidad de la cadena** —que no se aloja en ningún eslabón solo, y cuya forma documental es la procedencia— y la **probidad descompuesta** en sus siete lugares (constitución, conservación, selección, transformación, presentación, inferencia, uso), repatriación atribuida de las probidades que la trilogía llevaba dispersas; la **ética de la lectura** —mínima: el deber único, la primera probidad elevada; atemporal: independiente de toda técnica; sistémica: el tejido de referentes que una colectividad mantiene—, el **referente** definido —posición relativa, no función instituida, cuyo reconocimiento instituye el recurso—, cumpliendo el anuncio de *Lectura humana, lectura automática*, y el **artesano del dato** —referente del dominio propio del dato, propuesta cuya necesidad deduce el ensayo sin describir su forma—; por último, el **lector que se sabe** —situado, desbordado, responsable—, postura final con la que la trilogía termina, no con una consigna, sino con una lucidez, y la responsabilidad que viene con ella. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan

sin volver a demostrarse.

*Así termina el tercer tomo, **La huella o el dato — El lector situado a prueba del flujo**, y con él la trilogía **A prueba del flujo**. La fabricación, la circulación y la recepción del dato se han llevado en ella como los tres actos de un solo movimiento: la inscripción que toma, el intercambio que transporta, la lectura que actualiza un sentido —o, en su defecto, la desatención, hasta el horizonte en el que la huella recobraría sus derechos—. Lo que el lector que se sabe hará, en su presente, con lo que la trilogía habrá establecido por mucho tiempo, ya no pertenece al ensayo: pertenece a su lector.*

Bibliografía razonada del Tomo 3

Repertorio de referencias del tomo 3

Esta bibliografía reúne las referencias propias del tercer tomo del ensayo. Prolonga las *Bibliografías razonadas* de los tomos 1 y 2, a las que remite para toda la base común (Bergson, Whitehead, Peirce, Uexküll, Ackoff, la ontología procesual, la historia del dato, la alfabetización, el movimiento del dato). No repite su contenido: añade las referencias que la recepción del dato —el acto de lectura, el lector situado, el anegamiento, la ética de la lectura— pide por sí misma. Como las anteriores, está organizada para seguir siendo útil a lo largo del tiempo.

Lo que no cambiará

En los cimientos filosóficos

Peirce, Charles Sanders — *Collected Papers*, sobre la semiótica del índice y del signo convencional. Ya movilizado en el primer tomo para distinguir la huella (signo causado, ligado físicamente a lo que marca) del signo arbitrario, lo es aquí para fundamentar la distinción del presente tomo entre *interpretar* (el género: comprender que una marca remite a algo distinto de sí misma, verdadero de toda marca) y *descifrar* (la especie restringida: interpretar mediante un código convencional). El desciframiento del tomo es la interpretación aplicada al signo convencional.

Uexküll, Jakob von — *Umwelt und Innenwelt der Tiere*, 1909; *Streifzüge durch die Umwelten von Tieren und Menschen*, 1934 (trad. francesa *Milieu animal et milieu humain*). La noción de *Umwelt* —el mundo propio que un organismo se constituye a la medida de sus sentidos— es el fundamento directo del lector situado y de su ventana. El tomo retiene de ella el principio: toda lectura está situada, y por tanto es parcial, y la ventana no es una prisión sino la condición de toda vista.

Bergson, Henri — *Essai sur les données immédiates de la conscience*, 1889; *L'Évolution créatrice*, 1907. Para la duración como fluir continuo, fundamento de la temporalidad de la lectura: el acto de leer lleva tiempo, y ese tiempo no ha pasado por debajo de ningún umbral, a diferencia del transporte. Véanse las bibliografías de los tomos anteriores para el detalle.

Sobre la atención y la lectura

Nota sobre la economía de la atención — La idea de que la atención es un recurso finito, y de que una abundancia de información produce una escasez de atención, se asocia corrientemente a Herbert Simon: *Designing Organizations for an Information-Rich World*, en *Computers, Communication, and the Public Interest*, Johns Hopkins Press, 1971. El ensayo retiene de ella el principio de fondo —la atención es finita y no extensible a voluntad, lo que hace de la lectura el cuello de botella del torrente— sin movilizar su formalismo económico, y, conforme al prefacio de la edición, sin hacer de ella un diagnóstico fechado.

Nota sobre la dificultad de leer y los dispositivos de captación — Los fenómenos contemporáneos (dificultades de lectura observadas, dispositivos de enganche, gamificación, accesibilidad como nuevo régimen de la disponibilidad) pertenecen a la **forma**, fechada, y encontrarán su lugar en el libro de puesta en práctica del tomo, no en el tomo mismo. El tomo enuncia lo que es verdad del acto de leer por mucho tiempo; no juzga las formas del presente.

Ética y política de la lectura

Nota sobre la recuperación gerencial y el lector universal — La crítica según la cual la alfabetización, tal como la difunden las editoriales comerciales y las consultoras, despolitiza lo que está en juego reduciéndolo a un problema de formación individual, se establece en *Leer, escribir, comprender el mundo a través del dato*; la crítica del sueño de un lector universal tiene, por su parte, su foco en *El lector situado*. Estas dos críticas fundamentan, en el presente tomo, el rechazo de una probidad del lector entendida como «saber leerlo todo», y el carácter sistémico de la ética de la lectura.

Ostrom, Elinor — *Governing the Commons*, 1990. Ya movilizada en el segundo tomo para la dimensión política del transporte, ilumina aquí la dimensión colectiva de la ética de la lectura: el mantenimiento de un tejido de referentes es un asunto de gobernanza colectiva, irreducible a la suma de las formaciones individuales.

El régimen de prueba

Anderson, Terence, Schum, David A. & Twining, William — *Analysis of Evidence*, 2.^a ed., Cambridge University Press, 2005, para la cadena de custodia y la corroboración como exigencias regladas. **Langlois, Charles-Victor & Seignobos, Charles** — *Introduction aux études historiques*, Hachette, 1898; **Bloch, Marc** — *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, Armand Colin, 1949, para la crítica de las fuentes. Dos tradiciones independientes —el derecho de la prueba, el método histórico— establecieron por separado que una aserción se juzga por la cadena que la lleva. El tomo hace de ello el horizonte práctico de la probidad descompuesta, sin importar sus procedimientos.

Fuentes de los epígrafes

Johnson, Samuel — fórmula que se le atribuye; la investigación de *Quote Investigator* (8 de noviembre de 2014, en línea) sitúa la atribución más antigua que ha encontrado en Seward, William, *Biographiana*, 1799, p. 260: atribución abierta, para el epígrafe del primer documento, *La huella o el dato*.

La voz ausente — el epígrafe de *El acto de lectura* se da sin autor, «según una intuición que se atribuye a numerosos lectores»: atribución abierta, asumida como tal.

Uexküll, Jakob von — para el epígrafe de *El lector situado* (ficha más arriba).

Skinner, B. F. — una agudeza atribuida a Skinner, como epígrafe de *Lectura humana, lectura automática*; atribución abierta, también ella.

Epicteto — *Manual (Enquiridión)*, I, para el epígrafe de *Las tres posturas*: el reparto de lo que depende de nosotros y de lo que no depende de nosotros.

La autocita — el epígrafe de *El lector que se sabe* está tomado de *La huella y el lector*, primer tomo: referencia interna, no fuente externa.

Las tres «Fórmulas de trabajo» no tienen fuente: son de la edición.

Vecinos de la tesis

El volumen de arquitectura lleva el mapa de los vecinos (§7); dos familias tocan el objeto propio de este tomo: sus referencias están a continuación; las de las demás familias están en la *Bibliografía razonada del Tomo 1* y en la *Bibliografía razonada del Tomo 2*.

Dato relacional — Leonelli, Sabina, *Data-Centric Biology: A Philosophical Study*, University of Chicago Press, 2016. Coincidencia: la dependencia

del contexto, del uso y de la práctica. Tensión fecunda: un objeto puede adquirir el estatuto de dato por su papel probatorio ulterior, lo que impugna un estatuto enteramente fijado en la inscripción. La edición responde a ello distinguiendo constitución y actualización, y con la intención de uso que recluta.

Dato como proceso — Jones, Matthew, *What we talk about when we talk about (big) data*, *The Journal of Strategic Information Systems*, vol. 28, n.º 1, 2019, pp. 3-16. Coincidencia: el rechazo del dato como recurso objetivo y estable, tenido por parcial y contingente, producido por prácticas situadas de conceptualización, de registro y de uso. Diferencia: este trabajo pertenece a la teoría de las organizaciones y no establece la arquitectura de conjunto —pero impide afirmar que ningún marco existente piense el dato en régimen procesual—.

Remisiones internas al ensayo

El tercer tomo se apoya continuamente en los dos primeros. Los conceptos siguientes se establecen allí y no se redefinen aquí:

- la ontología objetual y su crítica, el dato como entidad constituida de la que la toma es la vía observacional, la metáfora de la copia de seguridad y el modelo de lenguaje como copia de seguridad que diverge, las tres edades del dato — *El flujo y la anotación* (primer tomo);
- el flujo de observación, el óptimo observacional, la cadena extendida (*flujo de lo real* → *flujo de observación* → *datos elementales* → *datos consolidados* → *información* → *conocimiento* → *sabiduría*), la máquina como instrumento en una cadena en la que el humano conserva la intención, el LLM como fusión de la biblioteca, el bibliotecario y el narrador — *Cavar el canal* (primer tomo);
- los dos tiempos del dato, el acto de inscripción y la fijación, las dos muertes (caducidad y desaparición), la paradoja de la duplicación y la unicidad del acto, la frescura que no se recupera, las velocidades de caducidad — *Los dos tiempos del dato* (primer tomo);
- la legibilidad de lo real, la huella causada opuesta al dato querido, el umbral que nada cruza por sí solo, las cinco facultades del lector (percibir, distinguir, interpretar, apuntar, inscribir), el lector situado, la ventana como franja del espectro de los tiempos, el hombre porción del flujo, la ola y el océano — *La huella y el lector* (primer tomo);
- el torrente y la regla que señala los escollos sin describirlos, la lucidez responsable — *La ola y el océano* (primer tomo);
- el movimiento «privilegio → común» y la historia de las bibliotecas, el movimiento «confiar a la herramienta lo repetitivo» — *De la muesca al algoritmo* (primer tomo);
- la pirámide DIKW y la sabiduría como aplicación «con acierto», la recuperación gerencial — *Leer, escribir, comprender el mundo a*

través del dato (primer tomo);

- el acto de intercambio y el soporte de transporte, la doble navegación (espacial y temporal) y la imagen de la espiral, el transporte como relación entre dos desplazamientos y su criterio de cumplimiento (la parte del lector practicable), el dato inaccesible como transporte incumplido, la propagación como agregado de los transportes, las propiedades del movimiento (fidelidad, temporalidad, multiplicación) y la probidad de transporte, la supresión del envejecimiento de transporte por la instantaneidad, la estabilidad como relación de velocidades, el torrente como régimen de lo real marcado por nosotros, la autoamplificación y sus dos motores (el bucle de automatización y la coexistencia de los regímenes), la sabiduría colectiva, el agarre individual agregado (poder por federación), los dos niveles de decisión (individual binario y colectivo reflexivo, este último de naturaleza metacognitiva) y la abstención no neutral con su condición de validez (elección expuesta y capacidad adquirida), el sobrecaudal relativo a la ventana y sus dos fuentes (la velocidad y la coexistencia de los regímenes), el impedimento voluntario (el secreto) e involuntario (la incapacidad) del transporte y el trabajo de apertura de caminos, la irrigación — *De la fuente al torrente* (segundo tomo), y cada concepto remite al documento indicado en la sección «Conceptos introducidos por el presente tomo» de la *Bibliografía razonada del Tomo 2*;
- la distinción fondo/forma, el estatuto de las ilustraciones y de las imágenes rectoras, el estatuto del «flujo de lo real», el papel de la IA — prefacio de la edición.

Conceptos introducidos por el presente tomo

Las definiciones de referencia están en el *Léxico canónico* para los conceptos que tienen en él una entrada o una correspondencia de título; los grupos, imágenes, subconceptos y articulaciones nombrados aquí a título de recordatorio no tienen en él entrada propia y se demuestran en el documento indicado tras cada elemento, y las precisiones que llevan pertenecen al mismo documento. A título de recordatorio, los conceptos propios del tercer tomo son: la **escala del dato** —constituido, accesible, inteligible, actualizado, operante—, de la que este tomo es el foco para la trilogía, en *La huella o el dato*; el **acto de lectura** (de estructura percibir → distinguir → descifrar, más corta que la inscripción, y que solo versa sobre dato, nunca sobre la huella bruta), en *El acto de lectura*; el **descifrar** como especie restringida del interpretar, a profundidad relativa al corpus, en *El acto de lectura*; el **umbral de salida** (inscribir, calcular, decir, actuar, o nada: actos consecutivos distintos de la lectura), en *El acto de lectura*; las **dos herencias del lector** (las facultades, heredadas del flujo; el código, heredado de la transmisión), en *El acto de lectura*; la distinción del **dato mudo** (relativo, reversible) y del **dato muerto**

(segunda muerte universal, ideal límite), en *La huella o el dato*; el **ciclo de retorno** del primer tomo, reservado al caso límite, en *La huella o el dato*; los **límites de la ventana** (perceptivo, atencional, interpretativo), en *El lector situado*; el **dato recirculante** (dato realmente producido por inscripción automatizada, pero que ningún humano lee, y que gira entre las máquinas sin cruzar el umbral de la lectura) y el **riesgo de la delegación extremada** (el alejamiento del hombre respecto del dato, la atrofia de su capacidad de leer, y las dos pendientes que se siguen de ello: la concentración de la capacidad de leer en unos pocos, y la inversión del referente hacia la máquina, hasta el riesgo de que una sociedad ya no pueda leer lo que la gobierna), en *Lectura humana, lectura automática*; las **propiedades de la lectura** (selectividad, temporalidad, costo y fatiga) y la lectura como **cuello de botella del torrente**, en *Las propiedades de la lectura*; el **sobreplús de lectura** y la **biblioteca imposible**, en *El sobreplús*; los **tres caminos del título** (incapacidad, desinterés, caducidad rápida), el último de los cuales establece que no todos los datos no leídos son un fracaso, en *El sobreplús*; las **tres posturas** (encuadrar, delegar, aceptar) y la delegación como **herencia de la situación de otro lector**, en *Las tres posturas*; la **probidad del lector** (leer o apelar a un referente), en *El lector que se sabe*, y la **relación no conocedor / conocedor**, en *El lector situado*; el **referente** como categoría general (cualquiera que sepa más, sobre el asunto al que remite un dato, que el lector que tropieza: posición relativa y no función instituida) y el **artesano del dato** como caso particular *propuesto y no adquirido* (el referente del dominio propio del dato, oficio que aún no existe y cuya creación reclama el tomo sin describir su forma), en *El lector que se sabe*; la **ética de la lectura** mínima, atemporal y sistémica, en *El lector que se sabe*; por último, en la clausura, la **responsabilidad de la cadena** —que no se aloja en ningún eslabón solo, y cuya forma documental es la procedencia— y la **probidad descompuesta** en sus siete lugares: constitución, conservación, selección, transformación, presentación, inferencia, uso, en *El lector que se sabe*.

El tomo recoge además del tomo anterior, como **criterio** y no como concepto nuevo, la **sabiduría colectiva** y sus resultados adquiridos —el agarre individual agregado, los dos niveles de decisión, entre ellos el nivel colectivo reflexivo, y la abstención no neutral bajo su condición de validez (elección expuesta y capacidad adquirida)—, aplicándolos a las tres posturas del lector y al mantenimiento colectivo del tejido de referentes. Lo que añade por su cuenta no es un concepto sino una articulación: el mantenimiento de los referentes como objeto del nivel reflexivo, anudado al riesgo de concentración de la capacidad de leer establecido en *Lectura humana, lectura automática*.

El **sobrecaudal relativo a la ventana**, establecido como umbral por el tomo anterior, se recoge aquí y se le da la vuelta: la cara de la *recepción* de un concepto cuya cara de la *producción* había planteado el tomo del movimiento. Es la soldadura entre los dos tomos.

La **artesanía del dato** —el oficio del referente cuyo dominio propio sería el dato mismo, al que *Transporte y propagación* abre la vía— aún no existe como oficio constituido. El presente tomo no la presenta como un resultado adquirido, sino como una **propuesta**: establece su necesidad a partir de la probidad del lector y de la relación no conocedor / conocedor, y reclama su creación. Su elaboración —lo que serían su carta, su formación, su probidad propia— pertenece a un trabajo distinto del ensayo, que el ensayo vuelve pensable sin cumplirlo, y no podría darse por adquirida sobre la sola fe de estas páginas.

Decisiones de traducción

Estas notas dicen cómo leer las palabras españolas que traducen los términos del corpus; las fija para toda la traducción española la *Carta de traducción del corpus*. Las notas de los dos primeros tomos siguen valiendo aquí; las que siguen repiten las principales y añaden los términos de la recepción.

- **el dato / los datos.** El corpus trata el dato como un individuo: constituido por un acto, fechado, llevado por soportes. El español dice *el dato* en singular con naturalidad; *dato* viene del latín *datum*, «lo dado».
- **toma / tomar** (*prélèvement, prélever*): el gesto de tomar del flujo, como se habla de una toma de agua; *tomar* no se emplea en sus usos corrientes («adoptar una postura», «participar», «confundir el sobrevuelo con la lectura»). **Levantar** la huella es tomarla bajo unos criterios; **recoger** traduce *cueillir* y *repandre* («los conceptos recogidos»).
- **reparto** (*partage*): en este tomo, siempre la división —«entre leer y dejar»—, nunca la puesta en común; cuando el francés dice *partager* en el sentido de compartir, el español dice *compartir*.
- **la escala del dato:** cinco estados acumulativos —**constituido, accesible, inteligible, actualizado, operante**—, en masculino porque concuerdan con *el dato*. Sus escalones son **peldaños** (*barreaux*) y sus niveles **grados**; *escala* sirve también para el orden de magnitud («a la escala de una sociedad»). **Actualidad** dice el hecho de estar actualizado, como en la filosofía del acto, nunca la información del día; **operancia** dice el hecho de ser operante.
- **actualizado** (*actualisé*): el acto por el que una lectura produce un sentido, nunca la puesta al día de un archivo. **No actualizado** es el término neutro de la escala.
- **desatención; desatendido** (*délaissement; délaissée*): el dato constituido, a menudo inteligible, que nadie lee por falta de atención —desatendido, no mudo—. **Mudo** (*muette*): existe una interpretación, pero este lector no la posee; su contrario es **parlante**, y el nombre, **mudez**. **Muerto** (*morte*): ningún lector, en ninguna parte, puede ya interpretarlo; es el **caso límite**, el **ideal límite**, el único lugar de la **recaída en huella**. **Caducado** (*péremptée*) nombra el

estado reglado de la primera muerte, legible y **reabrible**; **vencido** (*périmée*), la brecha continua con lo real. Estos cinco adjetivos no se recubren.

- **leer, descifrar, interpretar, tratar** se mantienen distintos: *interpretar* es el género (toda marca, huella incluida); *descifrar*, la especie (la inscripción convencional, mediante un código); *leer*, el acto entero (**percibir, distinguir, descifrar**); *tratar*, lo que hace el autómatas sin actualizar ningún sentido. Los verbos aplicados a las máquinas conservan las comillas («lee», «reconoce», «comprende»).
- **ventana** (*fenêtre*): la del lector, acotada por lo que él es; sus **límites** (*bornes*) son **perceptivo, atencional, interpretativo**, y la ventana es **de restricciones múltiples**. La **ventana de lectura** de un dato es el período en que sirve al presente.
- **umbral** (*seuil*) es el texto de apertura de cada tomo y el paso que un acto hace cruzar: **umbral de entrada** (de la huella al dato, por la inscripción), umbral de la lectura (del dato constituido al actualizado), **umbral de salida**. Este último es, según el *Léxico canónico*, lo que sigue a la lectura sin formar parte de ella: inscribir, calcular, decir, actuar —o nada—; *El acto de lectura* lo emplea en ese sentido.
- **posición situada de relevo o tratamiento** (*position située de reprise ou de traitement*): lugar funcional y acotado en la cadena, desde el que un dato llegado se recibe en relevo, se trata o se retransmite; un humano o una máquina puede ocuparla, y una máquina solo es **lector efectivo** si un sentido se actualiza para ella. *Relevo* queda reservado a esta posición.
- **dato recirculante** (*donnée re-circulante*): producido por inscripción automatizada, constituido por una **intención heredada**, y que ningún humano lee. **Delegación extremada** (*délégation poussée*), **concentración** e **inversión del referente** (*renversement du référent*) nombran el riesgo que el tomo señala sin hacer de él un escenario; la **prospectiva** que el prefacio mantiene a distancia no es la *previsión*, que el corpus admite.
- **ingestión ciega / ingestión delegada**: *constancia* traduce la *tracce* corriente («sin constancia de la elección», «deja constancia de su elección»); *huella* queda reservada al concepto.
- **sobreplús** (*sur-plus*): composición forjada, de la misma familia que **sobrecual** (*sur-débit*); nunca un *excedente*. **Anegamiento** traduce *submersion* (*anegar, submerger*), en la familia del agua. **Cuello de botella** traduce *goulot*.
- **El torrente no se ordena** (*on ne range pas le torrent*): *ordenar* y *ordenación* traducen *ranger* y *rangement*; *clasificación, classement*. **Criba** traduce el *tri* de la atención («la honestidad de la criba»).
- **los tres caminos: incapacidad, desinterés, caducidad rápida**. **Las tres posturas: encuadrar, delegar, aceptar**; *aceptar* no es resignarse, y su objeto es el **arrastre** (*emportement*). *Encuadrar* es un *hacer*; *delegar* es un *hacer*; *aceptar* es un **modo de estar** (*une tenue*): la familia de *estar* traduce también *se tenir* («la manera de estar en él», «sabe estar mejor en él»). **Fuera de campo** traduce

hors-champ.

- **heredar** conserva una sola raíz: «Delegar la propia lectura es heredar su situación», las **dos herencias del lector**, la **intención heredada**.
- **referente; recurso; recurrir** (*réfèrent, recours, recourir*): la persona a la que se recurre, que sabe más que el lector que tropieza; nunca el recurso jurídico. **Conocedor / no conocedor** dicen quien sabe leer tal punto y quien no, sin jerarquía. **Mantener** traduce *entretenir* («el tejido de referentes que la colectividad mantiene»).
- **probidad** es la misma palabra para todas las probidades —de la toma, de transporte, del lector, de la delegación, del artesano, descompuesta—; *honestidad* traduce *honnêteté*.
- **propositivo** (*propositionnel*): el estatuto de un tomo que propone una ética, ni descriptivo ni prescriptivo; no se confunde con la originalidad *proposicional* del volumen de arquitectura.
- **tres relaciones con lo real** (observación, inferencia, intervención) se distinguen de las **tres relaciones con el flujo** (fresco, consolidado, caducado).
- **artesano del dato**: el texto precisa en la frase siguiente que este oficio aún no existe; la traducción no añade más.
- **Citas**. Skinner se traduce de su frase inglesa de *Contingencies of Reinforcement* (1969); el epígrafe atribuido a Samuel Johnson, de la fórmula inglesa que circula con su nombre; Epicteto se da en la forma española recibida del *Manual*; la variación sobre Saint-Exupéry («Solo se ve bien con lentitud») varía la forma española recibida de *El principito*. La voz ausente, Uexküll y las tres fórmulas de trabajo se traducen del francés; el libro de Uexküll se cita por su título alemán. El epígrafe de *El lector que se sabe* y la frase de Mallarmé repiten palabra por palabra la traducción española del primer tomo.
- **Títulos**. *A prueba del flujo* traduce *À l'épreuve du flux*. Este tomo es *La huella o el dato — El lector situado a prueba del flujo*.

Sin lectura, nada se actualiza.

—

El plan de arquitectura del tomo 2 reveló la necesidad de un tomo 3, soldado al tomo 2 en la juntura de las dos caras del mismo problema.

El plan, el tomo 1 y el tomo 2 se adjuntan a la instrucción. Ya solo queda lanzarla.

Doy la instrucción:

«Sigue el plan y redacta el tomo 3 entero.»

La IA redacta.

—

Los dos primeros tomos describieron cómo el hombre fabrica sus datos, y luego cómo los hace circular hasta producir un torrente que ninguna mirada puede seguir. Este tercer tomo continúa allí donde el segundo se había detenido: en el borde del lector, frente al caudal que excede toda ventana. Muestra lo que está en juego cuando el dato llega al alcance sin ser leído; por qué lo que no se lee sigue siendo un dato, mudo para este lector, y solo recae en huella en el caso límite en que ya nadie sabe leerlo; cómo el lector, situado en una ventana limitada por su cuerpo, su corpus y su tiempo, puede —o puede no— cumplir el acto que actualiza el dato; y por qué vías fracasa esa actualización. Establece lo que leer exige, lo que delegar permite y no permite, y qué probidad debe un lector a lo que deja pasar.

En el fondo, este tomo sigue al dato hasta su último umbral: la lectura que lo actualiza, o la ausencia de lectura que lo deja mudo.

En la forma, cierra la trilogía —y plantea, a modo de apertura, la figura del artesano del dato, cuya necesidad se impone al término de los tres actos—.

—

Segunda edición, octubre de 2026. El texto se ha revisado para precisar sus distinciones: un dato que nadie lee sigue constituido, y la escala de sus estados —accesible, inteligible, actualizado, operante— sustituye a la recaída en huella, reservada al caso límite del dato muerto. La primera edición sigue pudiendo consultarse en artisanat-de-la-donnee.fr.